Aleksandra Lun

Química para mosquitos



Galaxia Gutenberg

QUÍMICA PARA MOSQUITOS

ALEKSANDRA LUN

Galaxia Gutenberg


© Saskia Vanderstichele

ALEKSANDRA LUN

(Gliwice, 1979) dejó su Polonia natal a los diecinueve años, se costeó los estudios de Filología Hispánica en España trabajando en un casino y en la actualidad vive en Bruselas. Su primera novela, *Los palimpsestos*, escrita en español, se tradujo al inglés, francés y neerlandés, y recibió la prestigiosa beca PEN/Heim del PEN America. *Química para mosquitos*, que ha obtenido el LIV Premio Internacional de Novela Ciudad de Barbastro, es su segundo libro.

En el verano de 1977, una niña nace en una población minera de un país bajo el dominio de la Unión Soviética. En el bloque de pisos donde vive con su familia, todos empleados de la planta química del Estado, observa con atención y extrañeza las rutinas de una economía planificada. A veces un tranvía los lleva a las afueras, donde cultivan una parcela asignada por el Gobierno y cavan un refugio, ante una amenaza difusa que la niña presiente. Una vez al año, un tren la aleja de la fealdad de la ciudad y la lleva a una granja en la aldea. Allí la naturaleza marca el ritmo de los días, los animales trabajan, las personas luchan por sobrevivir y los insectos cuentan historias del pasado. La vida transcurre entre la ciudad y el campo mientras la niña intuye que hay otro lugar, un sitio del que guarda un pálido e intermitente recuerdo. Un día descubre que no es la única que conoce ese lugar: en el bloque de pisos alguien más comparte su secreto.

La originalidad de esta novela entronca con una tradición literaria que ahonda, a través de la aparente sencillez de una voz falsamente infantil, en los grandes temas contemporáneos. n este libro, que ha obtenido el LIV Premio Internacional de Novela Ciudad de Barbastro,

Aleksandra Lun se adentra, con un asombroso tono intimista, en la historia reciente y en las cicatrices del núcleo familiar y de la sociedad, para contarnos una historia llena de misterio y suspense, de incertidumbre y promesa, que nos habla de la libertad y de la brevedad del tiempo que pasamos aquí.

Galaxia Gutenberg,
Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CECAL (Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros).



Un jurado compuesto por Manuel Vilas, como presidente, Ignacio Martínez de Pisón, Inés Plana, Lara Moreno, Luis Sánchez Facerías, Carmen Valcárcel, Edurne Pórtela y Joan Tarrida concedió a esta obra el 15 de diciembre de 2023 el LIV Premio Internacional de Novela «Ciudad de Barbastro», que convoca el Ayuntamiento de Barbastro.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2024

Conversion a formato digital: Fotocomposición gama, sl

ISBN: 978-84-10107-37-3

Todo empezó en muchos sitios y en muchos momentos, algunos incluso antes de que nacieras, en países extranjeros y en las mentes de otros.

JULIAN BARNES, *El ruido del tiempo*

Un día, a los pocos meses de nacer, dejas de respirar y un vecino, borracho, te salva la vida. Te coge de los tobillos y te sacude cabeza abajo hasta que toses con el aire.

Naces en verano, en un hospital de ladrillo. Abres los ojos en una sala pintada de gris pálido. Se oyen gemidos y gritos de mujeres. Alguien de voz ronca te da un golpe fuerte en las nalgas.

Los primeros meses de tu vida son confusos. Aún no ves ni oyes bien. Todo es borroso. Cuando abres grande tus ojos de bebé, en vez de los barrotes de la cuna, ves la ventana de la nave y, a través de ella, la Tierra. El planeta rota en silencio, sus océanos parecen observarte.

Otro día, consigues percibir la lámpara de techo de tu cuarto pero, en cuanto cierras los ojos, te ves en la cabina principal de la nave. Con una de tus antenas tocas el ventanal, que te devuelve un leve temblor. La nave resplandece en la oscuridad, sus paredes transparentes expulsan una luz ambarina al espacio. El agua empieza a filtrarse por las fisuras del suelo.

El día en que dejas de respirar todo es particularmente confuso. Ni siquiera distingues las formas de los barrotes de la cuna. Sólo ves una luz cegadora que se filtra a través de tus párpados. ¿Es el fluorescente de la nave o el sol que entra por la ventana de tu cuarto? Algo en ti se desdobla, como un camino que se bifurca. Un gran silencio se apodera de todo. El silencio es denso y acogedor, y parece no tener fin.

Sientes que alguien te agarra de los tobillos y te sacude con fuerza. Coges el aire, oyes una voz:

—No te duermas.

A partir de aquel día, poco a poco, todo se vuelve más concreto y tangible. Tardas un tiempo en entender dónde estás. A tu alrededor, chimeneas industriales escupen un humo negruzco. Los bloques de pisos de hormigón se levantan en medio de un paisaje plano como si fueran hongos nucleares. Los montículos de escombros de la extracción del carbón parecen unas esfinges vigilando una ciudad de provincias.

Aprendes a caminar. Aprendes el idioma.

Tus antenas han desaparecido, ahora tienes el cuerpo de una niña. Sigues viendo borroso y gris. El halo de colores que lo rodeaba todo en la nave ha desaparecido.

Te visten con la ropa y los zapatos de otras niñas, hijas de las amigas de la pseudomadre. Es ropa de tallas y cortes que no te van bien. Todo es demasiado grande o demasiado pequeño, te escuece o te aprieta.

Cuando cumples tres años, la pseudomadre te lleva al oftalmólogo. «Miopía y daltonismo», reza el papel que le entrega el médico. En una óptica vacía, el optometrista te mide la cara con una regla metálica. Sales con unos cristales gruesos encajados en una montura de pasta gris. Los recuerdos de la nave se van alejando. Aquí el tiempo es una corriente desenfrenada que te arrastra a su paso como una avalancha de nieve violenta. Los acontecimientos se suceden muy rápido, nada los amortigua.

En la nave el tiempo fluía de otra forma. Era un espacio protector y ondulante al que los eventos llegaban despacio, con suficiente tiempo para reaccionar. No estaba dividido en unidades. Aquí fragmentan el tiempo en segundos, minutos, horas, días, semanas, meses y años. Ahora es el año 1980.

La gravedad te clava al suelo. Cuando la pseudomadre te viste con la ropa incómoda, cierras los ojos e imaginas que vuelves a estar en la nave. Tu peso desaparece, todo se ralentiza, la viscosidad te protege otra vez.

Con la pseudomadre pasas horas haciendo cola delante de las tiendas de comestibles. Hay un sistema de cartillas de racionamiento. Incluso con cartilla, hay pocas cosas disponibles. No hay carne, café, azúcar ni otros productos que la pseudomadre quiere comprar. Cuando la chaqueta de invierno se te queda pequeña y la pseudomadre no encuentra ninguna de segunda mano, te lleva a unos grandes almacenes en el centro de la ciudad. Es un edificio de varias

plantas conectadas por una escalera mecánica inmóvil. Sólo has visto una escalera mecánica en marcha en una película. Era un filme soviético en el que unos villanos occidentales subían y bajaban los peldaños en movimiento. La trama se desarrollaba en Europa Occidental, donde había villanos, no como en Europa del Este. Europa del Este es donde estáis vosotros.

En el autobús, de camino a los grandes almacenes, te imaginas subiendo y bajando la escalera mecánica como los villanos de la película, con despreocupación, pensando en otra cosa, como si la subieras y bajaras todos los días. Cuando llegáis a la tienda, la escalera está parada, los escalones, detenidos a medio paso del subsuelo, como los supervivientes de un terremoto. La escalera mecánica casi nunca está en marcha: el Estado no gasta dinero en servicios superfluos. Sólo la verás funcionar una única vez, cuando un dignatario del partido comunista visite la ciudad.

Con la pseudomadre caminas a lo largo de las estanterías vacías. No hay chaquetas de invierno infantiles. Vivís en una economía planificada; las chaquetas de invierno no se venden en invierno, se venden cuando se fabrican. No se sabe cuándo se fabrican.

En la guardería juegas con los otros niños. Ellos tampoco han subido ni bajado nunca por una escalera mecánica. Ninguno ha estado en el extranjero; las fronteras están cerradas. A media mañana os sirven sopas aguadas y zanahorias secas peladas el día anterior. Una cocinera iracunda las distribuye de un cuenco de plástico. Para almorzar hay carne de cerdo bañada en grasa, acompañada de patatas secas. Te ganas la fama de niña que no come nada. A la hora de la siesta, las monitoras os ponen a dormir en camas plegables, repartiendo gritos impunes. Hay niños que llegan a dormirse, como si se durmieran frente a un pelotón de fusilamiento.

Jugáis al escondite y al oso que está dormido y luego se despierta y se come a los niños. Te haces amiga de un niño de pelo muy rubio, casi blanco. Te sonríe como si supiera quién eres, te ayuda a atarte los cordones. Hay algo familiar en su manera de moverse, es más lento que los otros niños. En el arenero, cuando no hay cerca nadie más, le preguntas por la nave. El niño te mira sin entender, pasa su rastrillo de plástico por la arena, ríe.

Un día la monitora os reúne en círculo. Todos tenéis que decir vuestro nombre y apellidos, y vuestra dirección. Cuando llega tu turno, no dices nada. Vivís cerca de la guardería, pero no sabes cómo se llama tu calle. Los demás niños te miran expectantes, la monitora te riñe.

En casa, la pseudomadre también te riñe. «Cómo que no sabes dónde vivimos», dice. Te apunta en un papel el nombre de la calle, el número del portal y el número de la puerta. Vuestro bloque de pisos

está construido de paneles prefabricados de hormigón. Estáis en la séptima planta. Los apartamentos son minúsculos. No se puede comprar un piso en el mercado privado. Los pseudopadres recibieron el suyo de su empleador, una empresa química pública. Todo el edificio está habitado por sus compañeros de trabajo, los vecinos trabajan juntos cada día. Hay una igualdad extraña. Los jefes viven en pisos con los mismos metros cuadrados y la misma distribución que sus subordinados. Por las mañanas un autocar viene a buscarlos y los lleva a trabajar. Como en un *koljós*.

En el cuarto piso vive el vecino que te salvó la vida cuando dejaste de respirar. También trabajó para la química, ahora está jubilado. Para complementar la pensión, se dedica a arreglar relojes. A veces os lo encontráis en el ascensor. Intercambia galanterías con los pseudopadres. Lo observas de reojo en el espejo del elevador. En la muñeca izquierda lleva un reloj de pulsera. La esfera de su reloj está vacía, le faltan las manecillas. «En casa del herrero, cuchillo de palo», ríe el pseudopadre en casa.

Vuelves a la guardería con el papel en el que la pseudomadre apuntó vuestra dirección, se lo enseñas a la monitora. Ya no le interesa saber dónde vives, pasa la mañana gritando a los otros niños.

Está nevando. El pseudopadre viene a buscarte a la guardería con un trineo. Casi siempre es la pseudomadre la que te recoge. Él viaja mucho por trabajo, la química lo manda por todo el país. Ahora lo ves caminar delante de ti por la acera cubierta de nieve, su mano vestida con un guante negro arrastra la cuerda del trineo. Las gafas te protegen los ojos del aire helado, las cuchillas del trineo chirrían cuando se encuentran con el asfalto. Cierras los ojos, te deslizas sin esfuerzo, te acuerdas de la nave.

El 1 de mayo participáis en la marcha del Día del Trabajador. El ambiente es festivo y tenso. Llevas una camisa blanca y tus mejores zapatos. Te van demasiado grandes, la pseudomadre tuvo que poner unas bolas de algodón en las puntas. Camináis durante más de una hora. El pseudopadre lleva un traje negro, te coge de la mano para que no tropieces. La columna se dirige hacia una tribuna montada en la calle principal. En la tribuna pasa algo importante. Ves a varios hombres vestidos de traje, todos llevan bigote. Se abrazan, durante varios minutos uno de ellos grita por un megáfono. El público aplaude con apatía. En una mano llevas un globo de helio gris. Los repartían al principio de la marcha. Echas de menos los colores que veías en la nave. La pseudomadre dice que el globo es rojo. El rojo es el color de la Unión Soviética.

Cuando acaba la manifestación, cogéis un tranvía hasta la huerta que los pseudopadres tienen en las afueras de la ciudad. En la entrada, sin querer, aflojas la cuerda, el globo gris se te escapa. Lo observas durante un largo rato. En el cielo se ve un punto cada vez más pequeño. Imaginas el globo ascendiendo en dirección a la nave, el helio subiendo cada vez más alto su silueta de látex.

Las huertas son parcelas de tierra que las familias pueden pedir al Estado para cultivarlas. Hay que plantar verduras y hortalizas. Las flores sólo pueden ocupar una pequeña parte del terreno porque no son comestibles. Tocas un iris blanco, tus dedos dejan una marca en los pétalos. Una mariquita aterriza en tu pulgar y empieza una lenta ascensión hasta la palma de la mano. Luego se va volando hacia la cabaña donde los pseudopadres guardan las herramientas. Es una construcción de conglomerado cubierto de brea. La fealdad domina la huerta, como domina la ciudad. En la nave tampoco había objetos bellos o vistas bonitas. Pero la belleza era la dimensión en la que sucedían todas las cosas: un halo de armonía que os fundía con el tiempo.

Desde la primavera hasta la entrada del invierno, pasáis en la huerta todas las tardes y los fines de semana. Preferirías quedarte en casa y jugar con los otros niños del bloque de pisos. Los vecinos no tienen huertas y sus hijos pasan las tardes en los columpios. Vosotros siempre tenéis mucho trabajo. Hay que plantar, regar, recoger, cavar, rastrillar, volver a plantar, volver a regar, volver a recoger. En la huerta no hay agua corriente ni electricidad, sólo un pequeño camping gas en el que la pseudomadre hierve agua para el té. Os vais al anochecer, cuando ya queda poca luz y empiezan a picar los

mosquitos.

El pseudopadre siempre habla de criar gallinas. Un año por fin se decide. Construye un gallinero, compra diez polluelos en el mercado. Así no dependéis sólo de las tiendas vacías. Con la cartilla de racionamiento se puede comprar un pollo al mes, pero es muy difícil encontrar carne. Los pocos productos que llegan a las tiendas se agotan de inmediato.

Los polluelos se convierten en gallinas, empiezan a poner huevos. Les llevas agua, la beben levantando las cabezas y cerrando los ojos. Tú también levantas la cabeza y cierras los ojos. Cuando los abres, un planeador surca el cielo. Te gustan mucho los planeadores porque escapan de la gravedad. El planeador sobrevuela el castillete minero a la entrada de la huerta y se aleja hacia el aeropuerto militar cercano. Los castilletes mineros están por todas partes, las minas ocupan el subsuelo del país. Las estructuras de acero sobresalen en la superficie como si las minas intentaran desenterrarse.

Arrancas las malas hierbas de entre las hojas de fresas. Bajo sus raíces se extienden los túneles de las minas. Hace tiempo que has recuperado el oído que tenías en la nave, aunque ya no tengas antenas. Te tumbas en la tierra. El chillido de los vagones con carbón que corren por las vías subterráneas atraviesa las capas de roca y llega hasta la superficie.

En casa, el suelo a veces cede unos milímetros, como si el bloque de pisos de diez plantas cambiara de pie. Durante unas milésimas de segundo flotas en el aire, durante unas milésimas de segundo todos los vecinos flotáis en el aire, durante unas milésimas de segundo todos los habitantes del barrio flotáis en el aire. Son las explosiones de roca en las minas, que se sienten en la superficie. Durante esas levitaciones colectivas, el tiempo parece detenerse. Luego vuelve a arrancar con dificultad, como el mecanismo de un reloj viejo.

En las milésimas de segundo que dura el efecto de la explosión de roca, la falta de gravedad te devuelve a la nave. Cierras los ojos con la sensación familiar de deslizarte por una superficie segura. Por unos instantes, tu cuerpo no pesa. El resto del tiempo lo arrastras a cada paso. Las siluetas de los pseudopadres y los vecinos corren a tu alrededor a cámara rápida, como los personajes de una película antigua en la que de vez en cuando salta un fotograma.

Las explosiones de roca son frecuentes. No siempre denotan un accidente, pero los hay a menudo. Los mineros bajan a la mina y ya no vuelven a subir. Un año, uno logra sobrevivir siete días atrapado en una cavidad entre las rocas. Se hiere las encías con las astillas del mango de la pala, bebe su propia sangre para no deshidratarse. La mañana en la que los equipos de rescate lo encuentran, en la radio sólo hablan de él. En la televisión lo muestran en la cama del hospital.

Tiene los ojos tapados para protegerlos de la luz, sonríe debajo del vendaje. En la guardería, la monitora os enseña cómo hacer un gorro minero de gala, de cartón negro y papel de seda.

Por la tarde, después de la guardería, vas a la huerta con los pseudopadres. Corres al gallinero para ver las gallinas. Observas en silencio sus cabezas esparcidas entre los tallos de remolacha que les habías dejado para que comieran vitaminas. Un ladrón irrumpió en la huerta durante la noche y se las llevó todas. Las mató ahí mismo, sólo dejó las cabezas. Tienen los ojos cerrados como cuando bebían agua. El pseudopadre dice que ha sido un profesional, que las venderá en el mercado negro. Otras familias comerán carne de pollo sin cartilla de racionamiento.

Cada mes tienes anginas. Siempre empiezan con fiebre muy alta de madrugada. No puedes ir a la guardería. Al principio, la pseudomadre se queda contigo en casa, pero enseguida empieza a dejarte sola. Parece sospechar quién eres. A menudo la sorprendes mirándote de reojo, como si fueras una desconocida.

Pasas días en la cama, en un piso vacío. Algunas veces enciendes el televisor. Tiene una pantalla redonda y tarda en calentarse. Necesita diez minutos para empezar a emitir imágenes en blanco y negro. En la pantalla aparecen documentales sobre el movimiento obrero y conferencias sobre agricultura. No hay programas infantiles, sólo diez minutos de dibujos animados al día, a las siete de la tarde. Son unas historietas en ruso que se emiten sin doblar. No hay mucho diálogo. Cuentan la historia de un lobo que persigue a una liebre. La liebre siempre se escapa y el lobo acaba sufriendo. Cada día esperas que cambie su suerte.

Una tarde el lobo no aparece. La televisión emite el discurso de un hombre de gafas oscuras e imágenes de la central nuclear situada en la otra punta del país, en la costa del Báltico. El hombre anuncia que ha habido una avería que se ha podido subsanar. Ahora hay que extremar precauciones. La planta es antigua y su mantenimiento es difícil. Es diciembre, la empresa química en la que trabajan los pseudopadres ha organizado un baile de san Nicolás. Habrá pasteles y regalos para todos los niños, tiene que venir san Nicolás en persona. La pseudomadre te viste, el pseudopadre no os deja salir. Dice que en las calles puede haber humo radiactivo. Pasáis una semana encerrados en casa con las ventanas tapiadas. El hombre que no te deja conocer a san Nicolás habla en bucle durante varios días. Luego todo se calma. El lobo fracasado vuelve a perseguir a la liebre.

A la semana siguiente, la pseudomadre y tú os encontráis en el ascensor al vecino del cuarto. Observas en silencio su reloj de pulsera sin manecillas. Cuando el elevador se para en su planta, le preguntas la hora. El relojero se vuelve, retiene la puerta del ascensor para responder. La pseudomadre le interrumpe, se disculpa por tu comportamiento.

Las anginas llegan puntualmente una vez al mes. La pseudomadre empieza a trabajar a las seis de la mañana, antes de salir te deja el despertador puesto a la hora a la que te tienes que tomar el antibiótico. Cuando suena la alarma, te levantas, vas a la cocina, comes un trozo de pan reseco con mermelada, tragas la pastilla y

vuelves a tu cuarto. No sabes qué más hacer en el piso vacío. Aprendes a leer con el calendario que cuelga de la pared del pasillo. Deletreas los nombres de los meses. A cada mes lo acompaña la foto de una mina.

El alfabeto con el que escriben aquí se llama alfabeto latino. Levantas los dos brazos, tocas las letras del calendario. Tu brazo izquierdo es más largo que el derecho. Sobresale de la manga del pijama, como si la gravedad hubiera conseguido atraparlo. La pseudomadre siempre evita tocarlo.

Con los dedos, dibujas en el aire las letras del alfabeto latino. En la nave la escritura funcionaba así. Las letras se formaban en cualquier parte, se quedaban, palpitantes, en el espacio, como unas nebulosas.

Vuelves a la cama. Te pones de lado, las varillas de las gafas se te clavan en la cara. Tus ojos están a la altura de los libros de la estantería de enfrente. Son manuales de química de los pseudopadres. Estudiaron juntos, se conocieron en la politécnica. Vas juntando las letras impresas en los lomos. *Química inorgánica*, lees. *Química de compuestos multimoleculares. Reacciones de compuestos químicos*. Aquí la química se enzarza en páginas y páginas de explicaciones, como un mal alumno sorprendido copiando. La química de la nave sólo tenía una ecuación: el principio de cómo se juntaba todo.

La solapa del último libro de la balda es de cuero. *Principios de la química*, lees, Dmitri Mendeleyev. Sacas el libro de la estantería. Contiene mucho texto, números y símbolos. En la contraportada alguien pegó una hoja con recuadros en escala de grises. «La tabla periódica de los elementos», reza el título de la hoja. Dentro de cada recuadro hay un símbolo y un número. Número 1: hidrógeno. Su símbolo es H. Número 2: helio. Su símbolo es He.

Te quitas las gafas, cierras los ojos, tu globo de helio sigue ascendiendo por la estratosfera; debajo de él, un continente marcha por el Día del Trabajador. Te tocas la frente, está muy caliente. Tardas varios minutos en recordar la sensación de suspensión de la nave. Aquella seguridad de saber que el espacio te sostenía, que no podías caer al vacío. Aquí nada te protege de una caída, la gravedad puede matarte en cualquier momento. La gravedad os puede matar a todos en cualquier momento, como mata a los mineros aplastados por las rocas.

Los recuerdos de la nave se mezclan con sensaciones más recientes. El olor de los lilos de la huerta, las formas geométricas de los montículos de residuos mineros, el sonido de las botellas de leche que el repartidor deja de madrugada en las puertas de los pisos del edificio. Abres los ojos. Arrancas del libro la tabla periódica de Mendeléyev, la guardas debajo de la almohada.

Las anginas continúan, los antibióticos por vía oral dejan de surtir

efecto. El médico te prescribe inyecciones. Aprendes la diferencia entre la penicilina y la penicilina benzatina. Con la penicilina, el grado de dolor depende de la destreza de la enfermera. Muchas la inyectan demasiado rápido. Cuando la pseudomadre y tú llegáis a la consulta, te asomas a la sala de tratamientos para ver si está la única enfermera que se toma su tiempo. Las otras tienen prisa: con un tono de voz impaciente, hacen que te bajes el pantalón y te tumbes boca abajo en la camilla. Vacían la jeringuilla de golpe. Pones la cabeza de lado. En el póster que cuelga de la pared de la sala de tratamientos, el lobo sigue sin atrapar a la liebre. La liebre sonríe triunfante.

Con la penicilina benzatina da igual quién te la inyecte. Parece romperte la nalga y la pierna. Si la inyectan rápido, el dolor sube de repente y culmina en una explosión. Si la inyectan despacio, las ondas expansivas crean capas de dolor que se solapan. Delante de tus ojos cerrados un planeador surca el cielo. Sube ligero y libre, como un globo de helio perdido. Deja el campo gravitatorio de la Tierra, flota en el espacio junto a la nave.

Las inyecciones de antibióticos también dejan de funcionar. Llevas semanas con fiebre y sin ir a la guardería. El médico jubilado que cultiva la huerta vecina le recomienda a la pseudomadre un medicamento retirado del mercado. Hace tiempo que está prohibido en Occidente. Las farmacéuticas occidentales lo siguen vendiendo en algunos países de Europa del Este. A través de varios contactos, la pseudomadre consigue traer las pastillas desde Hungría. La fiebre baja, regresas a la guardería. Las anginas vuelven al mes siguiente y al siguiente, pero el medicamento prohibido sigue funcionando. Cada vez tarda más días en hacer efecto pero acaba venciendo, como la manilla de un reloj atrasado que por fin consigue pasar al minuto siguiente.

Química práctica para todos, lees los lomos de los libros en un piso vacío. *Enciclopedia de la química orgánica*. Sin cambiar de posición en la cama, giras la cabeza hacia la estantería contigua. *Polímeros termoendurecibles*. El departamento que dirige la pseudomadre produce planchas de plástico. Las planchas a menudo salen mal. En medio de la noche, llaman a la puerta del piso. Es uno de los trabajadores de la planta, que ha venido de la química en furgoneta. La pseudomadre abre la puerta envuelta en una bata, se escuchan unos susurros. Ahora voy para allá, la oyes decir, espérame abajo.

Las planchas no salen bien sobre todo en verano. No salen bien por los mosquitos. Los mosquitos se acercan a las planchas y se quedan prensados en la resina. Luego hay que tirar todas las planchas que tienen mosquitos prensados en la superficie.

La pseudomadre se viste y sale para la química, y a menudo ya se queda ahí el resto del día.

Pasas los veranos en la granja de la pseudoabuela. Vive con sus animales en una aldea de pocas casas. No hay cocina de gas, televisión ni agua corriente. El agua se saca de un pozo. El alambre que sostiene el cubo se va enredando en un cilindro de madera. Si uno mira hacia abajo, el agua del pozo refleja el cielo.

En la granja viven tres vacas, cuatro cerdos, un caballo y decenas de gallinas y patos. Un perro está encadenado a la pared del granero. Cada pocos años el perro muere y es sustituido por otro. Varios gatos van y vienen, beben leche recién ordeñada de platillos oxidados.

Para llegar a la aldea de la pseudoabuela hay que viajar varias horas en tren. Con la pseudomadre, haces trasbordo en la gran ciudad industrial vecina. Delante de las taquillas de la estación ferroviaria, una escalera mecánica descansa inmóvil, como el esqueleto de un animal prehistórico. Los pasajeros la suben a pie, los peldaños resuenan con un sonido metálico. Al lado de la estación hay un gran pabellón donde se organizan conciertos y eventos deportivos. Tiene la forma de un platillo volante gigante. Está rodeado por bloques de pisos que parecen encadenarlo a la Tierra.

La pseudomadre y tú os subís al segundo tren. Los vagones avanzan despacio hacia la aldea de la pseudoabuela. Por la ventana se ve un paisaje monótono. Granjas, carreteras, pasos a nivel, iglesias. Poco antes de la parada en la que os tenéis que bajar, el ferrocarril atraviesa un largo túnel. El maquinista nunca enciende la luz. Un tren de pasajeros es como un tren de mercancías: los dos transportan materia muerta. Durante unos minutos, avanzáis en la oscuridad. Te apoyas contra el respaldo, sientes el peso de las gafas en la nariz. El tren sale del túnel, la pseudomadre se pone a mirar por la ventanilla. Su pelo rizado por una permanente se mece al ritmo del traqueteo del vagón.

Sacas la tabla de Mendeleyev del bolsillo. Mendeleyev se dio cuenta de que los elementos químicos seguían un patrón. Los átomos se juntaban siguiendo un ritmo periódico. Cada elemento tenía un lugar al que estaba predestinado. Mendeleyev predijo incluso el sitio de los elementos aún por descubrir. Dejó en su tabla recuadros vacíos, como si dejara sillas libres a unos invitados que llegan tarde.

Desde la estación de tren hasta la casa de la pseudoabuela hay dos kilómetros que tenéis que hacer a pie. En primavera camináis a través de los campos. Es el camino más corto hasta que crecen los cereales. Luego las olas de trigo y cebada os cierran el paso. En invierno esa

ruta es intransitable. Hay que ir por la carretera del pueblo, cubierta de nieve endurecida. Los perros de las granjas van anunciando en cascada la llegada de extraños. Se oyen ladridos y el chirriar de las cadenas. Vuestros pasos resuenan en la oscuridad. No hay alumbrado público, la luz de las ventanas os va siguiendo como a dos actrices en las tablas de un teatro. De vez en cuando resbaláis en el hielo.

En invierno la pseudomadre se queda a dormir en la granja; en verano, vuelve a la ciudad el mismo día. Durante las vacaciones escolares, aliviada, te deja con su madre. A ti te gusta pasar tiempo con la pseudoabuela: parece entender quién eres. Cuando os quedáis a solas, la llamas por su nombre de pila, Helena. Nunca protesta.

En la granja el tiempo se ralentiza. Aquí no hay colas, bancos de escombros mineros ni bloques de pisos de hormigón. Frente a la casa de Helena, al otro lado de la carretera del pueblo, se extiende el gran huerto frutal que el pseudoabuelo plantó antes de morir. Nadie más en la aldea tiene un huerto así. A los demás vecinos les parece un desperdicio, con el trigo y la cebada que podría dar esa tierra. Ahora los árboles son viejos, de corteza gruesa, no dan mucha fruta. Si la granja estuviera bien gestionada, hace tiempo que los habrían arrancado.

Una parte del huerto está tomada por arbustos silvestres. Es el antiguo colmenar del pseudoabuelo. Las colmenas se van desintegrando. Los colores que una vez fueron vivos exhiben tonos apagados. La madera poco a poco se convierte en serrín. Hace tiempo que las abejas no viven aquí.

Por la tarde, después de que la pseudomadre se haya ¡do de vuelta a la ciudad, caminas hasta el final del huerto. Las cuatro líneas rectas de troncos de árboles te marcan el camino. Los champiñones crecen en silencio, en el horizonte se perfila la línea del bosque. A esta hora es cuando hay más mosquitos.

Te sientas debajo de un viejo manzano. Un agujero en la corteza se ha llenado de resina. Arrancas un poco de la masa, te la pones en la boca. La masticas como si fuera un chicle. La economía planificada no sabe fabricar chicles. En los colmados se venden pastillas blancas que no se pueden masticar, son duras como piedras. La resina huele a bosque, se te engancha a los dientes. Te tumbas en la hierba, sacas del bolsillo la tabla periódica de Mendeleyev. Hidrógeno, H. El átomo de hidrógeno está formado sólo por un protón y un electrón. Es el elemento químico más ligero y más abundante del universo.

Un mosquito se acerca a ti con un leve zumbido. Te quitas las gafas, cierras los ojos. El mosquito traza círculos irregulares alrededor de tu cabeza. Empieza a cantar. Canta sobre un minero acostado al final de un estrecho túnel bajo tierra. El minero golpea una pared de roca con un pico. El polvo de carbón le impregna la cara, sus ojos

brillan en la oscuridad. Oye un estrépito, quiere girarse. Es demasiado tarde.

El mosquito deja de cantar. Lo observas alejarse, sus largas patas se balancean al viento.

El canto de los insectos es distinto del canto de los pájaros. Los pájaros describen imágenes concretas, escenas recientes, impresiones veloces. Los insectos siguen una narración más compleja. Cuentan historias más largas, sagas y odiseas. Siguen a personajes múltiples, crean arcos narrativos que abarcan centenares de años. Juntan acontecimientos que no parecen tener nada que ver. Entienden consecuencias de los eventos años, siglos más tarde.

A mucha gente no le gustan los insectos. En la cocina de Helena, una cinta adhesiva atrae a las moscas. Sus cadáveres cuelgan encima de la mesa a la hora de comer. Helena come rápido. Siempre tiene prisa. Se levanta al alba y pasa todo el día trabajando. Está tan cansada que se duerme en todas partes. Se duerme pelando patatas o dando de comer a las aves del corral. Cierra los ojos, el cuenco de trigo se le cae de las manos con un ruido metálico. Los patos y las gallinas corren hacia ella con las alas abiertas y los picos estirados. Se comen todo el grano que pueden antes de que los disperse.

Todos los animales de la granja tienen un trabajo. El caballo arrastra el carro, la segadora y la rastra de dientes. Las gallinas y los patos ponen huevos. Las vacas dan leche. Los cerdos dan cerdos pequeños que se pueden vender. Cuando los animales han cumplido con su trabajo, los coméis.

La granja requiere una vigilancia constante. En cualquier momento puede suceder algo que invalidará meses de trabajo. Helena vive con miedo. Miedo de un cambio del tiempo inesperado. Miedo de una plaga de escarabajos. Miedo de que el grano almacenado se pudra. Miedo de que algún vecino aplaste parte de su cebada con su carro. Helena llora cada animal perdido, herido, muerto. Cada animal perdido es trabajo perdido, dinero perdido, futuro perdido.

En la ciudad siempre estás perdiendo peso, aquí la comida tiene otro sabor. Helena tiene una cocina de fuego. Las llamas tocan con impunidad sus manos endurecidas. Hace sopas espesas de verduras, croquetas rellenas de ciruelas, crepes con mermelada casera, pasta hecha a mano con nata fresca frita. Algunos domingos mata un pollo. Lo trae a la cocina chorreando sangre, cocina caldo. Te deja los mejores trozos de carne. Ella se come las patas y la cabeza. La cabeza del ave flota en el caldo. El pollo tiene los ojos cerrados, como las gallinas que mató el ladrón del mercado negro.

Helena tiene el pelo corto y canoso, viste ropa de hombre. Lleva pantalones de hombre, jerséis de hombre, chaquetas de hombre, zapatos de hombre. Es de constitución fuerte y la ropa masculina es

más cómoda para trabajar. Muchas de sus prendas pertenecían al pseudopadre. La pseudomadre las trae al pueblo cuando él deja de llevarlas.

La granja vive en un mundo matriarcal. El pseudopadre nunca viene aquí. Es un hombre de ciudad, la vida en el campo lo aterroriza. Al pseudoabuelo lo mató un tren, lo descuartizó en un paso a nivel cuando volvía de una boda. La granja es el universo de una mujer que lucha por su sobrevivencia. Helena lleva la ropa de su yerno no sólo porque es pobre. También es una apropiación simbólica de lo que, en términos prácticos, ya está consumado. Su vida es a la vez la vida de una mujer y la de un hombre.

La pseudomadre viene a buscarte a finales de agosto. En todo el verano no has tenido anginas. Por la ventanilla del tren ves alejarse los campos. Luego empiezan a aparecer los castilletes mineros. Los vagones pasan a unos pocos centímetros de los edificios de las acerías. En casa, la pseudomadre te mete en la bañera. El cuarto de baño no tiene ventana; al encender la luz, tres arañas patilargas escapan detrás de la lavadora. Te sumerges en el agua caliente. Desde detrás de la lavadora, las arañas patilargas cantan sobre los pseudopadres. La pseudomadre está sentada en un aula de la politécnica. Se abre la puerta, un estudiante llega tarde. El profesor le riñe, le manda sentarse. El estudiante se sienta al lado de la pseudomadre. La pseudomadre se ruboriza.

El agua de la bañera se enfría, la pseudomadre te seca con una toalla. Al día siguiente empiezas el último año de la guardería.

En otoño al pseudopadre se le estropea el despertador. Te manda a llevárselo al vecino del cuarto, para que lo repare. El piso del relojero resuena con un tictac ensordecedor. Vive solo, en una de las habitaciones montó un taller. Centenares de manecillas anuncian la hora desde paredes y estanterías. El vecino examina el despertador con una lupa. Observas la esfera vacía de su reloj de pulsera. Luego te sientas en una silla. Todos los relojes del taller dan la misma hora, pero hay una leve diferencia entre sus tictacs. Como si estuvieran haciendo una carrera e intentaran llegar los primeros al fin de los tiempos.

A la hora en punto, algunos relojes anuncian el cambio con unas campanadas solemnes. Otros avanzan con la misma indiferencia con la que separan los acontecimientos. En la nave el tiempo no separaba nada. Todo sucedía a la vez, todo estaba unido. Todas las vidas posibles avanzaban simultáneamente en todas las direcciones.

Aquí el tiempo separa los eventos. Corta las situaciones de repente, como el hacha que cortó los cuellos de las gallinas. Siempre se está debatiendo entre el principio y el fin. Entre el pasado y el futuro.

En invierno empiezas a ir a ver al relojero a menudo. Lo observas desmontar los relojes que tiene que reparar, exploras su taller. Habláis poco. Nunca mencionáis lo que pasó cuando dejaste de respirar. De cómo arrancó tu cuerpo inerte de los brazos de la pseudomadre cuando ella salió al rellano pidiendo socorro, de cómo te sacudió con aquel ímpetu que te devolvió la respiración. Sabes que había bebido, pero todos los vecinos beben. El alcohol también está racionado, sólo

se puede comprar con cartilla. Todo el mundo destila alcohol en casa. En la cocina del relojero una garrafa de cristal protege el futuro vino de ciruelas.

Las anginas continúan, el medicamento prohibido cada vez te hace menos efecto. Un nuevo médico recomienda a la pseudomadre que te lleve a un sanatorio. Hay sanatorios para todas las dolencias. Tratan enfermedades cardiovasculares, digestivas, pulmonares o respiratorias, que son las más frecuentes en los niños del país. Muchos tenéis problemas de vías aerodigestivas superiores. Las empresas químicas, la industria pesada y las minas os invaden las gargantas y los pulmones.

Con la pseudomadre, tardas varias horas en llegar al sanatorio en un tren sin calefacción. Por la ventanilla se ven las copas de los árboles cubiertas de nieve. La pseudomadre te pone la chaqueta, aparta la vista de tu brazo más largo. Bajáis del tren en una pequeña estación ferroviaria. El sanatorio es un edificio gris escondido entre los abetos.

Os asignan una habitación minúscula. Una recepcionista de cara cansada os entrega el horario de las comidas. El televisor de la sala común está estropeado y en vuestro cuarto sólo hay una radio vieja. Es febrero de 1984, acaban de empezar los Juegos Olímpicos de invierno en Sarajevo. La pseudomadre sigue todos los campeonatos deportivos. Lleva cuatro años esperando las Olimpiadas. Va a hablar con el director del sanatorio. Le entrega un paquete de café que trajo de casa. El café, el tabaco y el alcohol son la moneda alternativa del país, el último recurso para intentar conseguir lo que no se tiene.

Por la tarde, un operario de mantenimiento os trae un televisor. La pseudomadre pasa una hora buscando el canal en el que se retransmiten los Juegos. Entre la nieve de la pantalla empieza a tomar forma la silueta gris de un saltador de esquí. Está bajando por el trampolín. El trampolín se acaba, de un único movimiento, el saltador alza los esquís y levanta el vuelo. El comentador dice que su salto no es muy largo. Los aplausos del público son escasos. El saltador aterriza, tira uno de los palos en un gesto de derrota. A él también lo ha capturado la gravedad.

A la mañana siguiente te examina el médico del sanatorio. Entrega a la pseudomadre un papel con las sesiones que tienes que seguir. Dos veces al día bebes aguas medicinales. Saben a piedras. Después entráis en una sala acristalada, un técnico la llena de vapor. Junto a otras madres con sus hijos, camináis en círculo cantando y respirando los vapores. Cantando cogéis más aire. Tu canción favorita cuenta la historia de una abeja, una hormiga y un saltamontes.

A la hora de comer, unas mujeres de caras serias os sirven sopa acida de harina de centeno con trozos de salchicha grasienta. También hay patatas hervidas y remolacha rallada. Luego traen pan cubierto de

una capa de grasa con chicharrones. Las madres con hijos enfermos llenan el comedor. Los cubiertos de aluminio golpean los platos de cerámica con un ruido seco.

La semana siguiente el médico añade más tratamientos a los que ya estás siguiendo. Ahora, durante varios minutos, cuelgas cabeza abajo de un aparato de madera. Después te sientas delante de una lámpara de infrarrojos. En otra sala, una enfermera te hace inhalar un vapor a través de un tubo de plástico. Varias veces al día la pseudomadre te prepara gárgaras de un líquido amargo.

Por las tardes la dirección del sanatorio organiza actividades infantiles. El último día de vuestra estancia hay un baile de carnaval para el que hay que disfrazarse. Os preparáis en la habitación. La pseudomadre te disfraza de ángel. Ha hecho dos alas con las servilletas del comedor. Los Juegos Olímpicos han acabado, el televisor está apagado. En la radio suena una canción en un idioma que no entiendes. *Sapore di sale, sapore di mare*, canturrea el pequeño altavoz. La pseudomadre te coloca las alas en la espalda. Te miras en el espejo. Vuelves a tener alas.

Dejas de ver la habitación, ahora ves los ventanales de la nave. El agua cubre el suelo, las olas golpean las paredes. *Sapore di sale, sapore di…* La canción se interrumpe con brusquedad y la radio empieza a emitir un pitido estridente. La pseudomadre se está maquillando frente al espejo. No tiene tu oído: sabes que no está escuchando nada. Durante unos segundos el pitido sigue subiendo con violencia, luego todo se calma. Ahora sólo oyes el zumbido de una mosca que ha logrado sobrevivir al invierno escondida detrás de la cama.

Escuchas a la pseudomadre cerrar el neceser del maquillaje. Es hora de bajar al baile de carnaval. Tienes los ojos cerrados. Cuando los abres, el halo de colores que veías en la nave vuelve a rodearlo todo. Sacas la tabla periódica del bolsillo. Ya no ves una escala de grises. Cada grupo de elementos químicos tiene un color distinto.

El 1 de septiembre vas por primera vez a la escuela. Hay una gala en la sala de gimnasia. Unos claveles rojos cuelgan de las espalderas, los alumnos de los cursos superiores recitan poemas sobre el camarada Stalin. El edificio huele a pobreza y a la leche hervida que os dispensan a mediodía. La maestra os hace cepillaros los dientes con un líquido astringente que no os deja aclarar. El Estado os sube el nivel de calcio. El Estado lucha contra vuestras caries. El Estado os paga los cristales correctores. El Estado os enseña a escribir.

Aprendes a cambiar los cartuchos de la pluma estilográfica. Aprietas el plumín para que la tinta empiece a fluir. Te cuesta escribir en el papel. Algunas veces extiendes los brazos para escribir en el aire, como en la nave. Los vuelves a esconder ante la mirada hostil de la maestra. Pasan días antes de que las letras empiecen a tomar forma en la hoja rayada que tienes delante. La letra be del alfabeto latino te recuerda a la tripa de la vecina del noveno piso. La eme, a la maleta del pseudopadre, que siempre le espera en el pasillo.

En las clases de gimnasia os hacen correr alrededor de la escuela. Tus gafas de cristal grueso te golpean la nariz. Ves las espaldas de los niños que te adelantan, las paredes de ladrillo oscuro y las ventanas de las aulas. El edificio de la escuela era un hospital militar. La sala de los profesores está situada en el antiguo cuarto de los médicos. La biblioteca, en los baños de los enfermos. Las maestras os van gritando, dan puñetazos en la cátedra. Después de cada clase suena el timbre. Es el *Last Post* avisando a los supervivientes de que por fin es hora de retirarse.

Un día, durante la clase, alguien llama a la puerta. Es la directora de la escuela con el conserje. Reparten donaciones llegadas de Alemania. Entregan a cada alumno un bote de cacao con vitaminas. Se llama Formel 3. De camino a casa perforas el papel de aluminio protector, hundes el dedo en el polvo marrón. Nunca habías probado algo tan dulce. La pseudomadre guarda el Formel 3 en un armario cerrado. Es el armario donde se guarda todo lo que es muy difícil de conseguir. Una vez, en aquel armario hubo cuatro mandarinas que una amiga de la pseudomadre había comprado en el mercado negro.

Los niños que tienen familiares en Occidente gozan de un estatus superior en la escuela. Distribuyen con orgullo sus estuches alemanes en las mesas de conglomerado. En los descansos mastican chicles de verdad o comen chocolate. Nunca has comido chocolate. En las tiendas sólo se vende un sucedáneo. Son unas barras marrones que, en

vez de manteca de cacao, contienen aceite de colza y colorante.

Los niños con estuches alemanes tienen gomas de borrar que borran, lápices de colores que pintan, plastilina que se pega y tijeras que cortan. Los demás tenéis gomas de borrar que no borran, lápices de colores que no pintan, plastilina que no se pega y tijeras que no cortan. En la economía planificada, los objetos cotidianos están congelados en su campo de posibilidades. Llegan a la dimensión material a medio hacer, como unas flores recogidas antes de tiempo que ya nunca llegarán a abrirse.

Los que tienen dólares o marcos pueden ir a la única tienda de la ciudad que vende productos occidentales a cambio de divisas fuertes. Es una tienda pública de exportación interior. Vende chocolate, téjanos y juguetes occidentales. No tiene escaparate. Su interior está tapado por una cortina negra, como si fuera un burdel.

Los pseudopadres nunca conseguirán dólares ni marcos. La economía planificada caerá sin que hayas puesto el pie en una tienda de exportación interior.

Una vez, la empresa química manda al pseudopadre a Alemania Occidental. Vuelve dos días más tarde, de madrugada. Por la mañana encuentras en la mesa de la cocina una cesta con frutas exóticas. Hay una piña de pie, naranjas y kiwis, y también plátanos y mandarinas. Hay chocolate y bombones y varios paquetes de ositos Haribo con inscripciones en alemán. Debajo de los ositos descubres un estuche de plástico con treinta rotuladores de colores. Todos pintan. Todos dejan atrás una estela de color, como los aviones militares durante las celebraciones del partido comunista.

Hay colores que no habías visto desde que dejaste la nave. Rosa pálido. Mostaza. Salmón. Verdeceladón. Cada color tiene varios matices. Sacas la tabla periódica del bolsillo. Los colores de los rotuladores encajan con los colores de la tabla. Empiezas a copiar la tabla de Mendeleyev en tu cuaderno de dibujos. La pseudomadre se te queda mirando con sospecha, luego se encierra en la cocina.

Bajas tres pisos, llamas a la puerta del relojero. Su timbre resuena con las primeras notas de *Para Elisa*, de Beethoven. El relojero te hace pasar a la habitación que hace de taller. Empieza a destornillar un reloj de mesa.

Examinas sus libros. J. Irycki, *Los relojes a través de los países* y *los siglos*; S. Wirek, *Mecanismos* de *relojería*; G. Samsa, *Metamorfosis del tiempo*. Sacas de la estantería un libro destartalado: R. Kalla, *Relojería, volumen* 6. Un mosquito aplastado cae de entre las páginas. Lo examinas con la lupa del relojero. Se ha momificado de lado, con las alas plegadas. Sus largas patas fluyen hacia un mar invisible, bajan en corrientes que se van cruzando, como el delta de un río.

En octubre, desde vuestras ventanas en la séptima planta, se ven

las copas ambarinas de los árboles. Las hojas amarillas contrastan con el blanco de los edificios de la politécnica, el gris del campo de fútbol de tu escuela, el marrón de los ladrillos de la catedral. En enero, unas puestas de sol sangrientas iluminan el horizonte. Las noches de primavera, la ciudad desprende un olor familiar a minas y a asfalto.

En mayo, siete mineros mueren atrapados bajo tierra. Las explosiones de roca son cada vez más frecuentes. Al mismo tiempo, empieza a correr la voz sobre un accidente en la central nuclear de Chernóbil. Los vecinos se reúnen en pequeños grupos. Susurran que en cualquier momento puede aparecer una nube radiactiva. Chernóbil está a unos mil kilómetros de distancia pero una nube puede viajar lejos. Esta vez en el telediario no dicen nada. Tampoco aparece el hombre de gafas oscuras que no te dejó ver a san Nicolás. En la pantalla del televisor se suceden las películas soviéticas.

Entre los manuales de química de los pseudopadres encuentras un atlas geográfico. Tardas en localizar en el mapa Chernóbil y luego la central nuclear de la costa del Báltico. Durante unos días escudriñas el cielo con los prismáticos militares que el pseudopadre guarda en un cajón de la cocina. Un día ves un punto negro, lo observas hasta que desaparece. ¿Y si es tu globo de helio? Quizá llegó hasta la nave y ahora está volviendo.

En la escuela, el monitor de gimnasia os manda poneros por turnos una máscara de gas. Dentro huele a goma y a plástico. Te miras en la puerta acristalada de la sala de gimnasia. Un ser familiar de ojos grandes y larga trompa te observa de lejos.

La vecina obesa del noveno viene a hablar con los pseudopadres. Los tres se encierran en el dormitorio de ellos, que también sirve de salón y comedor. Oyes la voz de la vecina a través de la pared de tu cuarto. Cuenta bromas indecentes que ha oído en el mercado.

—Aquí las cosas no están mucho mejor, —añade al final en voz baja—. Las explosiones en las minas han dañado la planta. Pero hacen como si nada para no parar la extracción. La economía planificada depende del carbón.

Se hace el silencio. Luego escuchas la voz del pseudopadre:

—Seremos el segundo Chernóbil.

Dos semanas más tarde ya nadie habla de la nube radiactiva. En la escuela os hacen analíticas de sangre. Uno por uno, entráis en la enfermería. Cuando te toca el turno, te subes la manga del brazo izquierdo, el que es más largo. Unos minutos más tarde la puerta de la enfermería se abre de par en par. La enfermera sale corriendo hacia la sala de profesores, sus muslos gruesos tiemblan debajo del delantal blanco. En la mano derecha lleva una probeta con un líquido amarillo. Es tu sangre.

Ya no tenéis que coger el tren para ir a la granja de Helena. El Estado os ha asignado un coche. Hace años que los pseudopadres solicitaron un vehículo. Por fin les ha llegado el turno. La pseudomadre va a buscarlo a la fábrica. Es un Fiat 126p: un turismo de cuatro plazas. Os toca uno verde gris. No se puede escoger la marca ni el color. A los vecinos del segundo les ha tocado uno naranja que te gusta mucho más. Cada vez más gente recibe un coche. Los Fiat 126p invaden las carreteras.

Helena mira el vehículo, acaricia la carrocería como si fuera el pelaje de un caballo. Luego las dos observáis a la pseudomadre maniobrar al volante para salir a la carretera del pueblo y volver a la ciudad. Los exámenes médicos que siguieron a aquella primera probeta amarilla no detectaron anomalías. Tu sangre ha cambiado de color, pero sigue teniendo una composición química normal. No se sabe si tiene algo que ver con el accidente nuclear de Chernóbil. No ha habido ningún otro caso. Uno de los médicos sugirió que dejaras de tomar el medicamento que la pseudomadre sigue trayendo desde Hungría, pero es el único que funciona para las anginas.

Los días en la granja se suceden sin prisa, como cada verano. A veces vienen de visita los familiares de Helena. En el pueblo tienes muchos familiares que no conoces. Cuando llegan, tienen que explicarte quiénes son. Todos se hacen llamar tía o tío.

—Soy el primo de Helena —dice un hombre mayor con los dedos retorcidos por el reumatismo—, llámame tío.

El primo de Helena a menudo llega cuando Helena está ocupada en la granja. Le ofreces un té, lo preparas como puedes en la cocina de leña. El primo de Helena observa tus inseguros movimientos con la comprensión indulgente de las personas criadas en el campo, de una destreza muy superior a la tuya.

El vapor del agua hervida te empaña los cristales de las gafas. Te las quitas para servir el té. Ahora la cocina está dividida en colores distintos, como las columnas de la tabla de Mendeleyev. Las paredes se vuelven azules; las tazas de té, amarillas. El primo de Helena es verde, como la columna de la tabla periódica que contiene uranio. El símbolo del uranio es U. Es el elemento químico más pesado que se puede encontrar en la naturaleza. Su átomo contiene noventa y dos protones y noventa y dos electrones.

Helena termina el ordeño, se sienta en el taburete frente a su primo. Con los rotuladores alemanes, esbozas los dedos torcidos de tu

nuevo tío. En tu dibujo sus manos verdes descansan sobre una nube radiactiva.

En el campo se empieza a trabajar muy joven. Cuando Helena tenía cinco años, sus padres la despertaban a las cuatro de la mañana para que llevara las ocas a pastar. Cuando cumplió dieciocho, estalló la Segunda Guerra Mundial. Por las noches la granja estaba bañada en el resplandor del frente acercándose a la aldea. Helena se enamoró de un chico, sus padres no le dejaron casarse con él. Poco después, unos soldados lo mataron frente a la capilla del pueblo. Helena tuvo que casarse con el pseudoabuelo, un hombre mucho mayor que ella, severo y callado. Después de nacer la pseudomadre, al pseudoabuelo lo mató aquel tren.

En el pueblo hay una pequeña tienda en forma de caja de cerillas. Dos veces por semana vende pan, pero hay que apuntarse para poder comprarlo. Helena vive sola, le corresponde una barra. Un verano la tienda cierra, la dependienta hizo un desfalco. Después del escándalo nadie quiere trabajar ahí. Ahora la puerta de la tienda está sellada con un candado, una telaraña cubre el hierro oxidado. La furgoneta que trae el pan se para delante, el conductor reparte las barras durante unos minutos. A menudo hay que esperar a la furgoneta durante varias horas. Te sientas en los peldaños de la tienda, escuchas las conversaciones de los vecinos del pueblo. A veces hablan de Helena, se ríen de su ropa de hombre, hasta que alguien se percata de tu presencia.

Las aves de corral pasan el día merodeando por los alrededores de la casa. Las gallinas casi nunca tienen polluelos. Les cuesta reproducirse, como a unos koalas en cautiverio. A veces alguna tiene uno o dos pollos que se mueren rápido. Siempre hay que comprar polluelos en el mercado. A finales del invierno, algún vecino los trae en una caja de cartón. Helena los pone dentro de un viejo cofre de madera. Durante unas semanas, a los polluelos los cría una bombilla que los mantiene calientes. Se van arropando unos a otros, comen un pienso especial. Cuesta que sobrevivan sin madre. A pesar de los cuidados de Helena, muchos se mueren. Sólo dos terceras partes llegarán vivos a la primavera.

Los patos son más resistentes, es más fácil que se reproduzcan. Cada año las patas salen de sus escondites en el granero con sus nuevas crías. Los patitos aún no caminan bien, avanzan a trompicones. Intentan ponerse derechos, estiran con orgullo las alas minúsculas, desproporcionadamente pequeñas incluso para sus frágiles cuerpos.

Ahora que eres más grande tienes que ayudar con las vacas. Ya sólo quedan dos: la tercera murió durante un parto. Las llevas a pastar al alba. Las cambias de sitio a media mañana, las traes a casa a mediodía. Las vuelves a sacar por la tarde, las vuelves a cambiar de

sitio y las vuelves a traer por la noche. Hay varios terrenos y prados donde pueden comer. El más alejado está a media hora de camino. La parcela que pertenece a Helena está en medio de varios kilómetros cuadrados de prados. Sólo las vacas saben reconocerla.

El lugar de pasto más cercano es el viejo huerto frutal al otro lado de la carretera del pueblo. A las vacas les gusta ir ahí porque encuentran manzanas. Corren excitadas a comerlas. Cuando te dejan continuar, las atas con una estaca de metal, cada día en otro lugar. Nunca sabes si el margen de hierba que les dejas es demasiado grande o demasiado pequeño. Si tienen poca hierba, tendrán hambre y no darán tanta leche. Si tienen demasiada hierba, la comerán sólo por encima. No es bueno para la hierba. Y la hierba tiene que volver a crecer fuerte para volver a alimentar a las vacas, que tienen que volver a dar leche.

El ciclo de vida en el campo es feroz como el ciclo de vida de un insecto. Ansiedad por comer, ansiedad por volver a comer, ansiedad por poder comer en el futuro, ansiedad por que coma tu descendencia. El ciclo de vida de la ciudad está más alejado del miedo. Una persona de ciudad no entiende a un campesino, como un sedentario no entiende a un alpinista. Para entender a un campesino o a un alpinista hay que mirar a la muerte a los ojos, a diario.

La carretera del pueblo que separa el huerto frutal y la casa de Helena fue asfaltada hace unos pocos años. Antes era un camino de barro, difícil de transitar los días de lluvia. Al anochecer, cuando traes las vacas del huerto, no dejan que te pongas delante de ellas para cruzarla. Cedes ante la mirada fija que la más grande te dirige por debajo de los cuernos. Por la carretera no transitan muchos coches. Si alguno pasara en el momento en el que las vacas están emergiendo del huerto, ansiosas por beber el agua que Helena les prepara al lado del pozo, habría una colisión frontal. Durante varios veranos dejas a las vacas salir corriendo a la carretera. La estadística está de tu parte, nunca pasa ningún coche. Las vacas de Helena y los pasajeros de los Fiat 126p están a salvo.

Después del verano, como cada año, la pseudomadre te lleva al oftalmólogo. El médico recibe a los pacientes en un despacho de ventanas tapiadas de una casa en un barrio residencial. En la sala de espera, unas mujeres mayores de pechos grandes te observan con hostilidad. El oftalmólogo te hace leer las letras del alfabeto latino colgadas en la pared. Lees las dos primeras filas, las letras más pequeñas están borrosas. El médico te abre los párpados a la fuerza, te pone unas gotas. Cuando vuelves a abrir los ojos, unas manchas blancas lo tapan todo. Cuelgan delante de ti como unas nebulosas, como las letras del alfabeto de la nave.

Por la tarde cogéis el tranvía hasta la huerta. En la entrada, la sombra de un planeador se posa sobre el castillete minero. Durante unos segundos sientes una ingravidez familiar, luego la sensación desaparece.

Los días son más fríos, ya casi no quedan insectos. Sólo las lombrices de tierra se retuercen cuando el pseudopadre remueve la tierra con la horquilla. La pseudomadre protege los rosales con paja. Luego entra en el invernadero y recoge los últimos pepinos. Usará las semillas para volver a sembrarlos en primavera.

En casa el trabajo continúa. Hay que hacer conservas de todo lo que recogéis. La pseudomadre se acuesta muy tarde. Por las noches hace zumo de manzana en una olla especial. Por la mañana, unas botellas llenas de un líquido dorado llenan la mesa de la cocina. El pseudopadre fermenta la col. Trae del sótano un tonel de plástico que consiguió en la química. Tira dentro tiras de col y zanahoria rallada. Te hace caminar en círculos por encima. Añade varias manzanas enteras. En invierno esas manzanas sabrán a col y a sal.

En primavera el médico recomienda a la pseudomadre que paséis un tiempo en un sanatorio en la costa del Báltico. El yodo beneficia las vías respiratorias. Llegáis una mañana de julio, de madrugada, después de viajar toda la noche en un autocar de línea. Es demasiado temprano para que os registren. La recepcionista del sanatorio os deja guardar las maletas. Cuando llegáis a la playa, está amaneciendo. Desde aquí no se ven las torres de refrigeración de la central nuclear, que está en la otra punta del litoral. La costa es muy larga y la central está oculta tras una valla con alambre de púas.

La playa está vacía, la pseudomadre se duerme detrás del paraviento que habéis traído con el equipaje. Nunca antes habías visto el mar. Caminas hasta la orilla. Las olas verdes del Báltico se acercan y

se alejan siguiendo un patrón arrítmico.

Durante la noche ha habido una tormenta. La arena está revuelta, unas algas desmayadas cubren la orilla. Los primeros paseantes empiezan a llegar a la playa a través de las dunas. Sigues sus movimientos: te agachas cada vez que se retira una ola. Recoges varias piedras pequeñas y una más grande. Guardas las pequeñas en el bolsillo de la chaqueta. La piedra grande es muy ligera, parece vacía por dentro. La coges entre dos dedos, miras su interior contra los primeros rayos del sol. Dentro, una explosión de oro envuelve a un mosquito, sus alas extendidas como si se rindiera al tiempo. Es ámbar.

Oyes el agua arrastrar la arena gruesa de vuelta al mar. Las siluetas de los buscadores de ámbar se diluyen en el horizonte. Las gaviotas flotan en el aire. En la nave los hilos del tiempo flotaban como estas gaviotas. Sostenían el espacio creando una malla protectora que os mecía a todos. El pasado estaba unido al futuro. Sucedían todos los acontecimientos posibles. Sucedían todas las catástrofes posibles. Sucedían todos los milagros posibles.

Te has alejado de la toalla de la pseudomadre. La playa empieza a llenarse de paravientos, no encuentras el vuestro. Caminas en círculo. Te duelen los ojos, tienes hambre. Empiezas a llorar.

Un grupo de estudiantes se apiada de ti. Las chicas delegan en el único chico para que te ayude. El estudiante te coge de la mano, camináis por la playa buscando a la pseudomadre. Te pregunta cómo te llamas. Le dices tu apellido y tu dirección, pero no la de aquí. De aquí, de la costa, no sabes nada, ni el nombre del sanatorio.

Vais a la comisaría. Un policía comprueba los registros de todos los alojamientos. Los ciudadanos que duermen fuera de casa tienen que pedir un empadronamiento temporal. El Estado os está protegiendo.

La pseudomadre y tú habéis llegado demasiado temprano, vuestro nombre aún no figura en ningún registro. El estudiante te lleva de vuelta a la playa. El estrecho pasillo entre las dunas huele a resina de pino. Enfrente ves a la pseudomadre. Está caminando en vuestra dirección, su permanente está aplastada del lado en el que se ha dormido. El estudiante se va, entre sus agradecimientos sofocados. La pseudomadre te coge de la mano sin mirarte. Tocas con los dedos el ámbar que sigues guardando en el bolsillo.

En 1987 la pseudomadre viaja a Corea del Norte. Es un viaje de trabajo, la química ha empezado a colaborar con una empresa norcoreana. Los norcoreanos están interesados en la producción de las planchas de resina plástica que fabrica la química. Son las planchas que hace el departamento de la pseudomadre, las de los mosquitos.

A la pseudomadre la acompañan el jefe de sección y el director de la química. Viajan en avión. Es la primera vez que la pseudomadre viaja en avión. Es la primera vez que tú conoces a alguien que viaja en avión.

Primero van en coche hasta el aeropuerto. Comen truchas fritas en un restaurante de carretera. Luego vuelan a Moscú y de ahí, a Pionyang. La capital de Corea del Norte se llama así. Los caracteres del alfabeto coreano impresos en las alas del avión van apareciendo y desapareciendo entre las nubes. Durante todo el camino amanece.

Aterrizan en un pequeño aeropuerto militar. Les dan la bienvenida en ruso. Es la lengua de comunicación entre los países comunistas. Una comitiva de tres coches los lleva al mejor hotel de la ciudad. Cada uno tiene que subir a un coche diferente. Las calles están vacías. Los pocos transeúntes caminan rápido, agachan la cabeza. El ambiente es tenso. En el vestíbulo del hotel, los representantes de la química norcoreana les piden que no salgan solos del alojamiento. La pseudomadre, el director y el jefe de sección se dan cita en una de las habitaciones. Se toman unos vodkas en el cuarto de baño. Cada uno ha traído una botella de casa. El vodka es el paquete de clínex que todo el mundo lleva encima. Ansiolítico, antidepresivo, relajante muscular y rompehielos. Los tres se sientan en el borde de la bañera, brindan. Desde el desagüe, una cucaracha norcoreana extiende las antenas en señal de bienvenida.

Por la mañana la comitiva de coches los viene a buscar al hotel. Los llevan a la fábrica donde se tienen que fabricar las planchas de plástico. Por la tarde sus anfitriones los llevan de vuelta al alojamiento. Todos los días se repite la misma rutina. Cada tarde la pseudomadre, el director y el jefe de sección se reúnen en una de las habitaciones. Miran por la ventana la gigantesca plaza delante del hotel. Centenares de niños, cada uno con una pequeña plancha de color, practican durante horas las imágenes vivientes que se mostrarán en los estadios durante las celebraciones oficiales. Al caer la noche, la pseudomadre, el director y el jefe de sección se retiran a sus habitaciones. Los niños norcoreanos siguen manteniendo los brazos en

alto, copian sin descanso los movimientos del militar que lleva horas dándoles órdenes.

La pseudomadre trae a casa los cubiertos de plástico del avión. Hay un tenedor, un cuchillo, una cuchara, una cucharilla, un plato y una taza de café. Están hechos de un plástico marrón duro. Han viajado miles de kilómetros. Han estado cerca de tu globo de helio perdido en la estratosfera. Cerca de la nave.

Unos meses más tarde, tres norcoreanos vienen a visitar la química de los pseudopadres. Los operarios de la planta se reúnen en círculo alrededor de ellos, los observan en silencio. La pseudomadre los invita a casa. Los esperáis delante del bloque de pisos. Llegan en una furgoneta de la química, uno de ellos conduce. Es la primera vez que ves a alguien extranjero. Los norcoreanos tienen los ojos oblicuos y una piel amarillenta. Su pelo es muy lacio y sus dientes, largos. Te cuesta distinguirlos. Uno habla mucho más que los otros dos, parece el jefe. Miras de reojo si os están viendo los vecinos. Puede que no tengáis familia en Alemania Occidental, pero nadie más tiene invitados de Corea del Norte.

Subís juntos en el ascensor. La pseudomadre sirve té, ensaladilla rusa, pepinillos y chupitos de vodka. Los norcoreanos ríen, hacen reverencias. La pseudomadre les hace visitar el piso. Son muy educados, lo alaban todo. De vez en cuando hablan entre ellos en coreano, asienten, el que parece el jefe traduce al ruso. Como todos los adultos, los pseudopadres hablan ruso. Faltan dos años para que tú empieces a estudiarlo en la escuela.

En casa tenéis libros en cirílico. Sus letras parecen encerrar un misterio remoto, como si provinieran de un mundo antiguo, separado del tuyo por una catástrofe innombrable. Algunas letras del cirílico se parecen a las latinas, pero su configuración no tiene ningún sentido.

También tenéis libros infantiles. Uno de ellos cuenta la historia de una casa muy desordenada. En los dibujos se ven platos sucios, paredes sin pintar y muchas cucarachas. El protagonista de la historia llora con desesperación, muestra al lector las paredes sucias. En la página siguiente se pone a arreglar la casa. Limpia los platos, recoge la ropa, pinta las paredes de blanco. Barre toda la casa, las cucarachas huyen de debajo de su escoba. En la última página el protagonista posa sonriente delante de una casa limpia y ordenada. El Estado os está educando.

El fin de semana los pseudopadres llevan a los norcoreanos a visitar la mina de plata, una de las pocas atracciones turísticas de la región. Los norcoreanos siguen a vuestro Fiat 126p con la furgoneta de la química. Vuestra ciudad forma parte de una aglomeración de varias urbes. Las calles parecen avanzar por una metrópolis sin fin. En las paradas del autobús interurbano los pasajeros miran a su alrededor

con hostilidad. Un hombre orina detrás de una marquesina. A lo lejos distingues el pabellón en forma de platillo volante que veías con regularidad cuando viajabais al pueblo de Helena en tren. Sigue en la misma posición en la que lo viste la última vez, como una mosca sin alas que no puede volver a levantar el vuelo.

En la mina de plata, el guía os lleva en barco por los pasillos subterráneos, inundados desde hace tiempo. El pseudopadre traduce sus explicaciones al ruso. Antes de marcharse, los norcoreanos os dan los regalos que trajeron de Pionyang. La botella de vodka de *ginseng es* para el pseudopadre. Las caligrafías coreanas en papel enrollado, para la pseudomadre. A ti el jefe norcoreano te entrega una cajita de cartón. Dentro hay un broche con la cara de un señor de cejas anchas. El jefe norcoreano te lo engancha al jersey. Te miras en el espejo. La cara de Kim II Sung resplandece en tu solapa. Es muy exótico, te gusta mucho. Quieres dar las gracias, pero no sabes cómo, no dices nada. «Da las gracias», te corrige la pseudomadre, «di *spasiba». «Spasiba*», murmuras. Ese *spasiba* es incómodo como los zapatos demasiado grandes que llevabas para la marcha del Día del Trabajador. Te resuena en la cabeza mucho después de que se hayan ¡do los norcoreanos.

En invierno las anginas empeoran. El medicamento húngaro cada vez te hace menos efecto. Llevas varias semanas sin ir a la escuela. Un nuevo médico sugiere que vayas a un sanatorio infantil especializado. Los niños con enfermedades crónicas pasan ahí varios meses, asisten a un colegio especial. Ves la cara de la pseudomadre, su expresión facial entre la preocupación y el alivio.

El sanatorio está a unas ocho horas por carretera. A principios de enero, el autocar se detiene delante de un edificio cubierto de un enlucido gris. Te asignan una habitación junto a la niña con la que has compartido el asiento. Su madre, una mujer menuda de cara ansiosa, lloraba hasta que habéis desaparecido de su vista. A su lado, la permanente de la pseudomadre resistía las ráfagas del viento.

Deshacéis las maletas. Colocas la ropa en el armario y los medicamentos en el cajón de la mesilla de noche. Una enfermera entra en la habitación, os requisa todos los objetos personales. Consigues esconder los rotuladores y el ámbar debajo del colchón.

Otra enfermera os lleva a un gran cuarto de baño. Entráis en grupos de ocho niñas. Os desnudáis y ducháis todas juntas en unas bañeras gigantes, bajo un grifo de agua tibia. Después de la ducha os entregan la ropa del sanatorio. Todas vais a llevar lo mismo: falda, camisa, chaleco, jersey, medias y calcetines. Siete braguitas para los siete días de la semana. Cada siete días os darán ropa limpia, la misma para todo el mundo. La niña con la que has compartido el viaje y tú volvéis a vuestra habitación en silencio. Sueñas con la pseudomadre, te prepara una taza de Formel 3.

A las seis de la mañana otra enfermera entra en vuestro cuarto, enciende la luz, os entrega unos botes de plástico. Es el primer análisis de orina. Después os sacan sangre en una sala fría. Le adviertes a la enfermera de que tu sangre es amarilla, le muestras el papel que te preparó tu médico. La enfermera se cambia de guantes, te hace daño con la aguja. Una mancha verde en el antebrazo te acompañará durante tu primera semana en el sanatorio.

Para desayunar os sirven trigo cocido flotando en leche humeante. Después del desayuno te trasladan a una habitación con siete chicos. Son mayores que tú, tienen entre doce y catorce años. También ellos van vestidos igual. Llevan la misma ropa de tallas distintas. Parecen soldaditos de plomo del mismo ejército.

Al día siguiente tienes programadas varias visitas médicas. Los doctores te palpan la garganta con una expresión solemne, leen tu

documentación médica masajeándose las frentes arrugadas. Por la noche te metes en la cama con la ropa puesta para no tener que cambiarte delante de los chicos. Cuando logras dormirte te despierta otra enfermera. Te cuesta reconocerlas, todas tienen la misma mueca de tensión. Te reprende por no haberte puesto el pijama. Tienes que desnudarte y ponértelo. Después de dos noches vuelven a cambiarte de habitación.

Durante los meses que pasas en el sanatorio, nunca duermes más de tres noches en el mismo cuarto. No vuelves a hablar con la niña que conociste el primer día. A todos os trasladan de cama varias veces por semana. El cambio constante os desorienta. La poca energía que os queda después de los procedimientos médicos la perdéis en las mudanzas.

Todos vestís igual, coméis igual, hacéis las mismas cosas al mismo tiempo. La uniformización abarca cada aspecto de vuestra nueva vida. Fuera del sanatorio, la escasez generalizada dificulta diferenciarse. Aquí desaparece incluso aquel margen minúsculo de libertad. Os envuelven a todos en el mismo tejido, como unas momias sin sarcófago propio, forzadas a vagar de cama en cama. El Estado os está sanando.

Los continuos cambios de habitación van acompañados de continuos despertares de madrugada para los exámenes médicos. Análisis de sangre, análisis de orina, radiografías, ecografías, frotis. Una mañana, una enfermera te despierta para una prueba de alergia. Te lleva a una sala gris. Te pincha los brazos veinticuatro veces, seis veces a cada lado, doce veces en cada brazo. Te inyecta los alérgenos y te deja sola. Ya es febrero. Por los cristales gruesos de las ventanas empieza a entrar algo de luz. Un poco de sangre amarilla rodea los pinchazos. En la pared de enfrente alguien ha colgado instrucciones de evacuación en caso de accidente nuclear.

Hay dos tipos de reacciones nucleares. La fusión une los elementos más ligeros, como el hidrógeno, y crea elementos más pesados. Así funciona una bomba de hidrógeno. La fisión divide los elementos pesados, como el uranio, y crea elementos más ligeros. Así funciona una central nuclear.

La enfermera entra en la sala, observa tus pinchazos, mide la hinchazón con una regla. No eres alérgica a nada. Vuelves a tu habitación. Te preguntas qué será del lobo fracasado. Las enfermeras no os dejan ver dibujos animados. Tienes sueño, cierras los ojos. A tu alrededor los átomos se separan y se vuelven a juntar, como si el mundo entero desapareciera y volviera a aparecer sin que nadie se diera cuenta.

La pseudomadre te escribe una carta con las noticias de la familia y el vecindario. Hace tiempo que no ve al relojero. Ha muerto Kary, el caballo negro de Helena. Ha muerto de viejo. Helena no lo va a sustituir. Un caballo es caro y da mucho trabajo, y ella cada vez tiene menos fuerza. Ha empezado a ceder sus campos a los vecinos interesados en cultivarlos.

Lees la carta en el cuarto de baño. Es el único lugar donde puedes estar sola. Entonces, ahora seréis una granja sin caballo. Es un cambio importante porque quien no tiene un caballo no tiene nada. ¿Cómo va Helena a arar el campo, traer las patatas o recoger el heno sin un caballo? Tendrá que pedirlo prestado. No es fácil pedir prestado un caballo porque poca gente quiere dejarlo. El caballo se cansa y tiene mucho trabajo que hacer. Y también porque hay caballos que no quieren ir con alguien que no es su propietario, o caballos que tienen mal carácter. Te acuerdas del lechero, que vive enfrente de la tienda del pueblo. Tal vez le deje a Helena uno de sus caballos.

El lechero cada mañana recoge la leche de toda la aldea y la lleva a la cooperativa lechera. Las vacas se ordeñan tres veces al día en verano y dos en invierno. Helena nunca puede dejar la granja por más tiempo que las pocas horas que transcurren entre los ordeños. Las ubres de las vacas son las manecillas del reloj que rige su vida.

Helena ordeña manualmente. Faltan décadas para que las ordeñadoras mecánicas que se usan en Occidente lleguen a la aldea. De entre los dedos de Helena sale un chorro blanco que va a parar dentro del cubo que aguanta con las rodillas. La vaca se queda quieta cuando la toca, tan quieta que Helena a veces se duerme ordeñando. Entonces la vaca, harta del peso incómodo en su barriga, le da unos golpes de cola en la espalda. Helena se despierta, la leche vuelve a descender por las paredes del cubo.

Hay que tener mucho cuidado para que la leche no se corte. La leche fresca se estropea muy rápido. Si se cortara, todo se echaría a perder: la hierba y el heno que han comido las vacas, el tiempo pasado acompañándolas a pastar, el tiempo pasado ordeñándolas, el tiempo pasado sacando el estiércol del establo. Helena tiene una pequeña nevera pero la leche no cabe ahí. La enfría en el agua helada del pozo. Se sacan varios cubos de agua fresca, se vierten en un cuenco ancho y se pone el cubo con la leche dentro, tapado con una tapa. Así se queda toda la noche.

Helena se levanta de madrugada para ordeñar las vacas. Se pone el

pantalón y el jersey del pseudopadre, entra en el establo. Desayunará varias horas después. La leche tiene que estar preparada para cuando llegue el lechero.

Hay mucho trabajo. Hay que juntar toda la leche de las últimas veinticuatro horas en el bidón. El bidón se limpia con un detergente especial que manda la cooperativa lechera. Hay que aclararlo con cuidado porque si queda algo de detergente en las paredes o en las juntas, la lechera no aceptará la leche. Lo más importante son las juntas. Se gastan rápido y es difícil conseguirlas. A veces las venden en el mercado de los martes en la pequeña ciudad más cercana, a treinta kilómetros de distancia. Helena pide a los vecinos que le compren las juntas. Si no consigue comprarlas, tiene que pedirlas prestadas. A pesar de la escasez generalizada, se comparte generosamente, aunque no altruistamente. Los tiempos son inciertos: está bien que nos deban favores.

El lechero recoge la leche todos los días del año. Los fines de semana y los festivos son inventos de la ciudad, de un ritmo de trabajo que puede interrumpirse. Del carro del lechero tiran dos caballos que cada día hacen el mismo camino. El lechero ata las riendas al carro y no las vuelve a tocar hasta que llega a la lechera. Los caballos van solos. Las granjas están a los dos lados de la carretera. Los caballos zigzaguean de casa en casa, siempre de acuerdo sobre hacia qué lado girar primero.

Todos los vecinos tienen un banco especial donde suben los bidones para que el lechero no tenga que bajar del carro. De día, en los pocos momentos libres que deja el trabajo, los bancos se usan para sentarse. Los vecinos salen a la carretera y miran quién pasa por la aldea. Helena nunca tiene tiempo libre, su banco siempre está vacío. El trabajo de Helena no tiene fin. Al levantarse por la mañana, tiene por delante las mismas tareas que ya hizo ayer. No todo el mundo en el pueblo trabaja tanto. Helena está sola, no tiene ayuda ni herramientas más allá de una hoz y una guadaña. Su trabajo es un trabajo medieval. No se acaba aunque trabaje dieciocho horas al día.

Algunos días Helena no llega a tiempo para dejar el bidón de leche en su banco antes de que pase el lechero. Entonces pasa la mañana llorando. Sigue con sus tareas en la casa, en el establo, en el granero. Se seca las lágrimas con la manga del viejo jersey del pseudopadre. Esos días tomáis leche en todas las comidas. Pan seco troceado ahogado en leche hirviendo, leche caliente con trozos de pasta hecha de harina y huevo, espumosas crepes de leche, patatas jóvenes con leche fresca, bizcocho de leche. Hay que tomar toda la leche o se estropeará en pocas horas.

A veces Helena todavía está al lado del pozo, vertiendo a oscuras la leche en el bidón, cuando oye llegar el lechero. Las pezuñas de los

caballos, zigzagueando solos de banco en banco, resuenan en el asfalto. Desesperada, Helena lanza gritos desde detrás de la cerca, suplica al lechero. «¡Espera! ¡Espera, te lo pido por favor!». Sus chillidos resuenan en la noche. Con las manos temblorosas cierra el bidón, lo lleva corriendo a la carretera, la espalda encorvada por la mitad. Hace años la operaron de una hernia estomacal, el hospital no hizo ningún seguimiento. La cicatriz la dobló por la mitad, nunca ha vuelto a caminar derecha. El lechero la espera, a veces incluso vuelve a por su leche: los dos caballos retroceden con atención a los dos lados del timón.

Ahora la leche de Helena se aleja en el carro del lechero, los caballos la llevan a la cooperativa con su paso tranquilo. Por un tiempo todo está bien. Por un tiempo el mundo entero está en armonía.

Cada bidón lleva inscrito el nombre de su propietario. A media mañana el lechero vuelve con los bidones vacíos. Los tira en las cunetas de las granjas. Algunas veces la cooperativa lechera manda a sus miembros queso y mantequilla. La mantequilla tiene un color amarillo intenso. El queso fresco, envuelto en un papel que aún chorrea leche, huele a hierba.

A veces la cooperativa manda de vuelta la leche de Helena. Helena va a la cuneta a buscar el bidón, nota que pesa. Lo lleva a la cocina, lo abre. Huele la leche. Empieza a llorar. Empieza la investigación que durará el resto del día. Sólo hay dos explicaciones posibles: la temperatura o la pureza. ¿Cuándo? ¿Cómo pasó? ¿Después de ordeñar, cuando dejó el cubo con leche unos minutos en la entrada del establo para atender al cartero? ¿Cuando pasó la leche por la tela que la cooperativa les manda para que la utilicen de colador? Esa tela, ¿estaba limpia? Después de lavarla la tendió unos momentos en el jardín porque hacía buen tiempo. ¿Por qué lo haría? La tela, sola, en el jardín, fuera de la vista. Con pájaros, insectos. Quizá una mosca se posó encima. O quizá fuera el bidón. ¿Lo aclaró suficientes veces? ¿No se distrajo con el cacarear de la gallina que había puesto un huevo y que ella tuvo que correr a recoger para que no se lo comiera la marta que llevaba unas semanas acechando el vecindario?

Otra vez pasáis todo el día tomando leche. Con el rabillo del ojo miras la silueta encorvada de Helena frente a la cocina de leña, las lágrimas que se seca con la manga del jersey del pseudopadre.

Una vez al mes, la cooperativa manda una carta con dinero. La carta llega atada al bidón con una cuerda. En el papel se especifican los litros de leche y la calidad. En la carta de Helena nunca hay muchos litros ni una calidad muy alta. Gana muy poco dinero con la leche, el trabajo que domina toda su vida.

En el sanatorio cada mañana desayunáis leche. Es un líquido de un

blanco translúcido, casi transparente. No recuerda en nada a la leche que descendía por las paredes del cubo de Helena. La leche del sanatorio no tiene sabor. Las cocineras, iracundas, la sacan de bolsitas de plástico de un litro y la ponen a hervir. No piensan en Helena ni en el lechero ni en dos caballos zigzagueando de banco en banco por la carretera de una aldea, sus pezuñas resonando de madrugada como el eco de un planeta lejano.

De lunes a viernes vas a la escuela del sanatorio. Para llegar al aula, hay que caminar un cuarto de hora por dentro del edificio. El sanatorio es un complejo de inmuebles conectados por pasillos y escaleras. Las salidas al exterior están vigiladas por los conserjes. Son hombres bajitos que a escondidas beben vodka de tarros de mostaza. No dejan entrar ni salir sin autorización.

Los primeros días te acompaña una enfermera, luego te dejan ir sola. El camino a la escuela pasa por varias unidades del sanatorio. Cardiología pediátrica, neumología pediátrica, hematología pediátrica, lees en las puertas distribuidas a lo largo de los pasillos. Subes y bajas escaleras, abres y cierras puertas. En una de las unidades ves una escalera mecánica. Está fuera de servicio, unas cintas rojas la protegen de intrusiones. Te subes al primer escalón, por unos segundos parece que los peldaños vayan a moverse. No sucede nada. La escalera permanece inmóvil, como un cuerpo sin vida.

En neurología pediátrica encuentras un pasillo lateral medio a oscuras. Al final hay una ventana que da al parque de robles que rodea el sanatorio. Estáis a principios de marzo. Ya llevas dos meses aquí. La nieve se ha endurecido hasta convertirse en hielo. La escarcha dibuja árboles blancos en los cristales. Un termómetro de madera pegado por fuera de la ventana marca menos quince grados centígrados.

Sacas del bolsillo tu ámbar. El Báltico está en la otra punta del país. *Sapore di sale, sapore di mare*, susurras a los árboles de escarcha. Las ventanas son dobles, en el espacio entre las contraventanas alguien puso varias capas de algodón para impedir el paso del aire frío. En el lecho blanco, el cadáver de un mosquito de piernas muy largas espera el deshielo. Lo llamas Mendeleyev.

El relojero te dijo que «ámbar» en árabe significaba algo que flotaba en el mar. Cierras los ojos, de nuevo ves las olas golpeando los ventanales de la nave. La imagen vuelve cada vez con menos frecuencia. Intentas retenerla, analizar: en vano. Algo en tu interior la aleja hasta que desaparece. Durante unos segundos, tienes la sensación de entender algo importante. Luego todo se esfuma.

Por las tardes las enfermeras os reúnen en la sala común y os hacen jugar a juegos infantiles. Algunos días consigues esconderte en el comedor, vacío entre las comidas. Dibujas a las enfermeras con tus lápices de colores. Con el rotulador negro esbozas sus siluetas rígidas y sus caras tensas.

La pseudomadre viene a visitarte al sanatorio una única vez. No hay espacios designados para las visitas, pasáis unas horas sentadas en las sillas del pasillo principal. La pseudomadre te ha traído unos caramelos de azúcar y una colección de libros de Karl May editada en papel de periódico fino. A vuestro alrededor la actividad del sanatorio continúa. Las enfermeras siguen dando órdenes a los demás niños. La pseudomadre va a hablar con el médico jefe. Vuelve sin decir nada, mira por la ventana. Su permanente está inmóvil, como si la gravedad la clavara a su cabeza.

Pasas unas semanas leyendo a escondidas. Winnetou y Old Shatterhand cabalgan por las praderas del salvaje Oeste. Un día, una de las cocineras te descubre leyendo en el comedor vacío. Te quita todos los fascículos.

Cada semana, de camino a la escuela, pasas por tu ventana en neurología pediátrica. El frío ha amainado. Los troncos de los árboles están ennegrecidos por la lluvia, una forsitia solitaria poco a poco se va cubriendo de flores amarillas. El mosquito Mendeleyev sigue en su lecho de algodón. Te preguntas qué edad tiene. El mosquito de tu ámbar tiene cuarenta millones de años.

Una mañana, durante el desayuno, el suelo empieza a vibrar, luego cede unos milímetros. Durante unos segundos tu silla flota en el aire, durante unos segundos la mesa flota en el aire, durante unos segundos el sanatorio flota en el aire. En el comedor se hace un silencio tenso.

Durante la noche te despierta un ruido seco. Cuando te asomas al pasillo, ves a una enfermera sollozando, dos largas líneas de rímel le bajan por las mejillas. Otras dos enfermeras están cubriendo las ventanas con unas mantas. Bajáis al sótano del sanatorio. De las paredes cae pintura vieja, huele a humedad. Os sentáis en el suelo. Las cocineras reparten rebanadas de pan seco con mortadela grasienta. Has olvidado tus gafas en la habitación. Varios niños están llorando. Una enfermera os hace cantar una canción sobre un gato que se sube a una cerca. El médico jefe os hace callar. «Lo único que sabe mi primo es que mandaron a todos los trabajadores de la central a casa», dice. «Hijos de puta —por la frente del celador baja una gota de sudor—; aunque sigan extrayendo, al menos que nos avisen cuando pasa algo». El médico jefe se encoge de hombros: «No quieren que se sepa en el extranjero».

Apoyas la cabeza en la pared. En la nave no había vida ni muerte, sólo el vaivén de un péndulo que no se detenía nunca. Aquí todos tienen miedo de morir, de desaparecer. ¿Y si el mundo entero ya desaparece de vez en cuando y luego vuelve a aparecer, solo que nadie se da cuenta?

Pasáis en el sótano dos días. Cuando salís fuera todo está igual. Tu cama está sin hacer, como la dejaste. Las gafas te esperan en la mesilla

de noche. Unos días más tarde te llama la pseudomadre. Dice que lleva varios días yendo a Correos cada mañana, pero la cola para llamadas de larga distancia era muy larga. Hace diez años que los pseudopadres solicitaron una línea telefónica. Aún están esperando a que les adjudiquen un número.

La pseudomadre dice que ellos han estado en el sótano del bloque de pisos. Los avisó la vecina obesa del noveno. El pseudopadre está bien, Helena está bien, el relojero está bien. La vecina del noveno falleció. Tuvo un infarto mientras bajaba las escaleras.

Durante dos semanas dormís en el sótano del sanatorio. Luego todo se calma. Vuelven las pruebas médicas de madrugada.

Cada semana los médicos deciden quién puede irse del sanatorio. Hay niños que llevan años aquí. Siguen la rutina diaria con naturalidad, como animales nacidos en cautiverio. Se saben de memoria su historial médico. Cambian de habitación con la práctica de los soldados que llevan años luchando la misma guerra.

Ninguno de los tratamientos médicos, pruebas, exámenes, tomas de sangre, analíticas, colonoscopias, frotis o punciones tiene incidencia alguna sobre tus anginas mensuales. En los cuatro meses que pasaste en el sanatorio, has tenido anginas cuatro veces. Las enfermeras te dejan ir con alivio. La pseudomadre te viene a buscar a la estación de autobuses. Durante unos días sigues los horarios del sanatorio, como un Fiat 126p que necesita muchos metros para frenar.

En la escuela, los otros niños han crecido. La maestra se ha teñido el pelo, ahora es rubia. Cada lunes os hace practicar los ejercicios de evacuación. Por lo demás, nada ha cambiado. Vuelves a casa por el mismo camino. Como si los cuatro meses en el sanatorio no hubieran tenido lugar.

Durante tu ausencia han empezado las clases de ruso. Una maestra mayor escribe palabras en alfabeto cirílico en la pizarra. Las extrañas formas de las letras se forman detrás de su pelo canoso como los barcos fantasma que se aparecen a los marineros en alta mar.

El relojero ha puesto una etiqueta en la puerta. Unas letras latinas forman su nombre y apellido: Janusz Motyl. Durante tu estancia en el sanatorio, Motyl ha envejecido. Tiene arrugas nuevas y bolsas oscuras debajo de los ojos. La garrafa de vino de ciruelas de su cocina está vacía.

Te acercas a la ventana de la habitación en la que tiene el taller. Desde el cuarto piso todo se ve más cerca. Puedes distinguir el color de los columpios. Examinas tu ámbar con la lupa del relojero. El ámbar es una resina fósil, un polímero natural. Debajo de la lente, el mosquito parece estar corriendo hacia delante. Lo imaginas volando entre los árboles. Aterriza en un tronco, una sustancia amarilla desciende por la corteza. Con una de sus largas patas tu mosquito se pega a la resina. Faltan cuarenta millones de años para que construyan vuestro bloque de pisos.

Una noche, de madrugada, te despiertan unas voces. De la habitación de los pseudopadres llega una luz tenue. La pseudomadre está sentada en el suelo. Está cortando peras para la compota. La pantalla del televisor le ilumina la permanente, que rodea su cabeza como una aureola. Es septiembre de 1988, han empezado los Juegos Olímpicos de Seúl. Una pancarta con inscripciones en coreano adorna la entrada al estadio. Los corredores saltan por encima de las vallas, se adelantan. Uno tropieza, se queda tumbado en la pista de atletismo. Lo ha atrapado la gravedad.

Por la mañana te despierta un dolor en tu brazo más largo. La pseudomadre ya se ha ido a trabajar. Abres el botiquín en el que ha convertido uno de los armarios de la cocina. Al fondo se apilan las cajas del medicamento de Hungría que tomas para las anginas. Te untas la piel con la pomada de alcanfor pero el brazo te sigue doliendo.

Unos días más tarde la pseudomadre te lleva al traumatólogo. En

la radiografía tu brazo parece incluso más largo, pero no se aprecia ningún defecto. El médico te prescribe fisioterapia. Los ejercicios no ayudan mucho. El dolor se extiende al otro brazo, luego a las rodillas. El traumatólogo aconseja a la pseudomadre pedir hora con un reumatólogo.

Te acuerdas del primo de Helena, de sus dedos torcidos. Puede suceder a cualquier edad, dice el reumatólogo. Es una de las consecuencias de las anginas.

Sales de la consulta arrastrando los pies. Ya tienes once años. Desde hace once años la gravedad te aplasta al suelo. La ligera suspensión de la nave es una de las últimas sensaciones que recuerdas. Las demás se van desvaneciendo. El mundo que te rodea cada vez más parece ser el único mundo que has conocido.

Empiezas a tomar medicación fuerte para la artritis. Con la fiebre de las anginas el dolor articular se vuelve más agudo. Muchos días faltas a la escuela. En casa hojeas los libros en cirílico.

Copias las letras que no conoces en la libreta escolar. De vez en cuando acercas los dedos a los ojos. Aún no están torcidos.

Una mañana, el suelo vibra bajo tus pies. Enciendes la radio.

—... continuar con la extracción de carbón —la voz del locutor resuena en la cocina—. Los resultados son muy positivos, con el apoyo del noventa y siete por ciento de la población.

Pasáis varios días en el sótano del bloque de pisos. La televisión muestra un reportaje sobre la central nuclear. Sus trabajadores, sonrientes, celebran el aniversario de las instalaciones. El presentador del telediario invita al plato a su compañero de meteorología. Este año será lluvioso. ¿Es bueno para las cosechas?

El pseudopadre empieza a construir un búnker en la choza de herramientas de la huerta. Amplía el pequeño sótano de pocos metros cuadrados donde hasta ahora sólo guardabais compota de pera los días de calor. Fortalece el agujero con unas planchas de madera, construye paredes de cemento. En unas estanterías coloca las conservas caseras. Hay pepinillos fermentados, pimientos al vinagre, fresas y melocotones en almíbar, col fermentada, zumos de grosella roja. La pseudomadre consigue una plancha de acero en la química. Uno de sus subordinados la trae a la huerta. La suelda a la madera que hasta ahora tapaba el sótano. Estáis preparados.

Al principio los pseudopadres también sopesan la idea de mudarse a la casa de Helena. El pseudopadre dice que en los pueblos las cosas siempre están más tranquilas. Sigues sus deliberaciones estériles con alivio. En realidad, los dos odian la granja. Cada año la pseudomadre promete que irá para la siega. Luego manda un telegrama que habla de un problema con los polímeros. Los mosquitos han vuelto a quedar prensados en la resina. Tiene que quedarse en la ciudad.

Prefieres estar con Helena a solas. En verano tus dolores articulares disminuyen. Ahora que Helena no tiene caballo, paga a los vecinos para que vengan a ayudarla a labrar la tierra. En la aldea han aparecido los primeros tractores y también las primeras cosechadoras. Son unas máquinas rojas gigantes que labran los campos públicos. Los campos públicos son grandes extensiones de tierra gestionadas por el Estado. Kilómetros cuadrados de cultivos idénticos se extienden hasta el horizonte. Por la noche las cosechadoras vuelven de los campos públicos en fila india, como un conducto fúnebre de los cereales. Los carros de caballos y los Fiat 126p tienen que cederles el paso en la carretera del pueblo. El Estado os está alimentando.

Las noches de verano en la granja son silenciosas. Helena no tiene televisor, a veces enciende la radio. Los violines resuenan en la cocina, el tiempo parece detenerse. En la nave el tiempo se detenía a cada instante. En cada momento erais libres de hacer una elección distinta, de cambiar de dirección. El tiempo simplemente comenzaba de nuevo en un punto diferente. Aquí el tiempo os sujeta a una vida concreta, a

un lugar concreto, a una edad concreta. Cumple la misma función que la gravedad: impedir movimiento.

Un domingo, el primo de Helena os invita a su casa. Os viene a buscar con su carro. Con sus dedos torcidos por el reumatismo, guía un caballo de espalda ancha por la carretera de la aldea. Vive cerca de las vías del tren. Los vagones pasan una vez por hora. El sonido de la locomotora se acerca con un ruido ensordecedor y se aleja con estrépito. Desde detrás de la casa llega el zumbido de las abejas. El primo de Helena se pone el traje blanco de apicultor, abre el techo de una colmena. Se quita un guante, mete la mano dentro. El veneno de abeja tiene fama de calmar los dolores artríticos.

A ti el traje de apicultor te va muy grande. Metes tu largo brazo izquierdo dentro de la colmena. El tacto de las patas de las abejas es familiar. Las picaduras son repentinas, arrítmicas. Las abejas cantan sobre el pseudoabuelo, el marido fallecido de Helena. El pseudoabuelo se pone su traje de apicultor, cruza el camino de tierra que es la carretera del pueblo. Entra en el huerto frutal, camina hasta sus colmenas. Hace poco las pintó de colores chillones. Saca el ahumador, guarda la miel del panal en un cuenco. Vuelve a cruzar el camino de tierra. Alguien llama a la puerta de casa. Es el cartero. Trae un sobre con la invitación a una boda.

Es la noche de la boda. El pseudoabuelo y Helena ven bailar a los novios. La pequeña pseudomadre duerme en casa, la han dejado con una vecina. Helena se queda hasta el final para ayudar a limpiar, la boda es de una prima suya. El pseudoabuelo vuelve a casa por el camino de tierra, el vodka le hace zigzaguear. Llega al paso a nivel. Una luz potente le ilumina el costado. Es el foco del tren.

Los vagones vuelven a pasar con estrépito a los pocos metros del patio del primo de Helena. La voz de las abejas se pierde con el ruido. Sacas el brazo de la colmena. Las picaduras marcan un estampado irregular. Helena te aplica unas hojas de llantén. Durante varios días no te duele nada.

De todos los trabajos del campo, el que más te gusta es el del heno. Hay que cortar la hierba e irla removiendo hasta que esté seca. Luego se junta en montículos que se recogen con el carro. El heno se guarda en el granero. Es para las vacas, para que lo coman en invierno. También sirve para rellenar colchones. Helena y tú dormís en colchones de heno. Son incómodos, la hierba se mueve de sitio. Las colchas están hechas de las plumas de los patos de Helena. Tendrían que ser plumas de oca, pero hace tiempo que Helena no cría ocas. Son demasiado caras.

La mañana en la que tenéis que ir a recoger el heno se desata una tormenta. Helena empieza a llorar. Si el heno se moja, se acabará pudriendo. Todo el trabajo para nada.

El prado con el heno está muy cerca de la casa, detrás del granero. Helena coge unos plásticos viejos. Arrancáis a correr. Está tronando, empiezan a caer las primeras gotas de lluvia. Cubrís los montículos con los plásticos. Los aseguráis con palos y estacas para que no caigan. El heno está salvado. Aunque los montículos se hayan mojado un poco, será superficial. La hierba se acabará secando.

Ahora empieza a llover a cántaros. En unos segundos tus gafas se quedan empapadas. Helena grita algo, no la entiendes. La lluvia no te deja respirar. Con unos gestos caóticos acordáis volver a la casa. Ves la silueta encorvada de Helena a través de la cortina de agua. Se gira hacia ti. Está riendo. Nunca la habías visto reír. Ha perdido una zapatilla huyendo de la lluvia, corre con un pie descalzo. Tú también empiezas a reír. La lluvia os está cegando, resbaláis en el barro. Los relámpagos iluminan el granero. El heno está salvado, el aire huele a futuro y a promesa, sois libres.

La lluvia cesa de repente, se oye una sirena lejana. Alguien en la cooperativa lechera está dando la señal de alarma. Corréis hasta la casa, bajáis al sótano. Durante horas oís maullar al gato. De vez en cuando, uno de los gallos estalla en un largo quiquiriquí, luego todo se calma. Te duermes en una montaña de periódicos viejos que Helena usa para encender el fuego de la cocina de leña. Por la mañana alguien golpea la puerta del sótano. Es el lechero. Fuera hace sol, Helena prepara un té. La radio transmite el festival de San Remo.

A finales de verano la pseudomadre viene a buscarte en el Fiat 126p. Helena os da leche, nata, queso fresco, manzanas, ciruelas, un pollo recién matado, plumas de pato, cabezas de girasoles, nueces, patatas y salchichas de cerdo. Pasáis varios días comiendo los alimentos de la aldea. En la ciudad la comida de Helena sabe diferente. Poco a poco pierde el aroma, como una foto no revelada expuesta al sol.

Es lunes. El jefe norcoreano despierta en la cama de su apartamento en el centro de Pionyang. En la mesilla de noche, un vaso de agua comparte espacio con un diccionario coreano—ruso. De la puerta de la nevera cuelga la lista de la compra que su mujer le dejó antes de salir a trabajar. El jefe norcoreano se ducha, se pone una camisa blanca y un traje gris. La cara de Kim II Sung resplandece en su solapa. Durante varios minutos el jefe norcoreano espera al ascensor. Detrás de la puerta del vecino se oyen unos susurros, luego unos pasos alejándose.

El jefe norcoreano camina por calles vacías. En un escaparate, un juguete con forma de planeador surca el cielo de tela azul. Los pocos transeúntes agachan la cabeza. El jefe norcoreano entra en un edificio negro. Un ascensor lo lleva hasta el segundo piso. Entra en un despacho, se sienta a la mesa, abre una carpeta. Durante unos minutos no levanta la vista del papel. Luego empieza a escribir en caracteres del alfabeto coreano. «Datos técnicos de los yacimientos de uranio en Uzbekistán».

En su estado natural, el uranio es sólo levemente radiactivo. Se compone de tres isótopos: U-234, U-235 y U-238. El isótopo U-235 se puede dividir y someter a la reacción de fisión. La fisión rompe su núcleo atómico generando mucha energía. Para utilizar uranio como combustible nuclear hay que aumentar la proporción del isótopo U-235 en el mineral, desde el 0,7 por ciento que tiene en la naturaleza hasta un cinco por ciento. Es el proceso de enriquecimiento de uranio.

El jefe norcoreano nació en Uzbekistán. Su padre conoció a su madre en un viaje de negocios a Taskent. Su madre, de lengua materna rusa, le enseñó el idioma. De pequeño, el jefe norcoreano siempre decía que se acordaba de Uzbekistán pero su madre no le daba crédito. «Cómo vas a acordarte, reía, si apenas tenías unos meses cuando nos fuimos.» Pero el jefe norcoreano sí se acordaba de algo. Se acordaba de una forma diferente de caer la luz, de otra manera de fluir el agua. Se acordaba de unas olas grandes, de unos ventanales amplios. De una luz dorada, casi ambarina. En Pionyang nunca ha visto una luz así.

Poco después de empezar los estudios de ingeniería, el jefe norcoreano conoció a su mujer. Ella era policía, se dedicaba a dirigir el tráfico. Durante horas coordinaba los coches en una intersección en el centro de Pionyang. Erguida e inmóvil, estaba vestida con el uniforme reglamentario, con falda y calcetines blancos. El jefe norcoreano podía mirarla durante horas. Se casaron rápido, tuvieron

dos hijos. Ahora ya hace tiempo que su mujer ha dejado de dirigir el tráfico. Trabaja en los despachos de la comisaria. Sus hijos tienen doce y diez años. Una edad parecida a la de aquella niña de Europa del Este, la hija de la jefa del departamento de planchas de resina plástica.

Ni siquiera estaba previsto que el jefe norcoreano fuera en aquel viaje de empresa. No se dedica a los polímeros, su especialidad es la energía nuclear. Gran parte de su trabajo es secreto militar. Pero el compañero que tenía que dirigir aquella delegación se puso enfermo y sólo el jefe norcoreano tenía suficiente nivel de ruso. No se hizo de rogar, al contrario: las oportunidades de viajar eran pocas.

Había algo en aquella niña que enseguida le llamó la atención. Sus ojos febriles tras las gafas gruesas y aquel brazo tan largo. Su manera de moverse, como si su cuerpo pesara más de la cuenta. Su forma de mirar los caracteres coreanos, su concentración en los sonidos más imperceptibles. Al jefe norcoreano la niña le traía unos recuerdos vagos, como si la conociera desde hacía mucho tiempo.

«En la próxima década Uzbekistán va a duplicar su producción de uranio». El jefe norcoreano levanta la vista de la carpeta. También aún se acuerda de la madre de aquella niña. Tenía un peinado muy rígido que no se movía ni aunque su portadora se inclinara sobre la máquina de cortar las planchas. Incluso cuando el suelo empezó a vibrar, la permanente de la madre de la niña se quedó inmóvil. El jefe norcoreano le preguntó en ruso por la central nuclear de la costa del Báltico. ¿No era peligroso continuar con la extracción de carbón? La madre de la niña sonrió por debajo de la permanente, cambió de tema.

El jefe norcoreano mira por la ventana de su oficina: está lloviendo. Cierra la carpeta, durante unos minutos revisa unos papeles. Después se levanta de la silla y sale del despacho. Se sube al autobús que lo llevará a casa. *Sapore di sale, sapore di mare,* suena bajito en la radio del conductor. El jefe norcoreano se siente cansado. Apoya la cabeza contra el respaldo, cierra los ojos. Frente a la nave, la Tierra rota en silencio, sus océanos parecen observarlo. El jefe norcoreano oye una respiración. Se da cuenta de que es la suya.

—No te duermas.

El jefe norcoreano abre los ojos. Se acuerda.

Llega 1989.

En la pantalla de vuestro televisor en blanco y negro, unos hombres con corbatas se sientan alrededor de una mesa redonda. En medio de la mesa hay un gran ramo de claveles. El lobo fracasado se evapora de la programación televisiva. Las clases de ruso desaparecen del plan de estudios.

Abren las fronteras. Cierran las tiendas de exportación interior. En su lugar abren los primeros supermercados. Sus estanterías están llenas de zumos de piña y yogures de maracuyá, y también de productos para limpiar el váter.

Los pseudopadres compran un televisor en color.

Ya no hay colas. La profesora mayor que os daba clases de ruso ahora os da clases de gimnasia.

Algunas cosas no cambian.

Los dolores articulares siguen despertándote cada mañana.

Los recuerdos de la nave siguen alejándose.

La extracción de carbón continúa. Las minas se han priva—tizado y los nuevos propietarios siguen explotándolas.

También siguen las averías de la central nuclear. Pero ahora salen en las noticias.

La empresa química también se privatiza. El pseudopadre deja de viajar, ahora cada día va a la oficina. De camino a casa aparca el Fiat i2Óp delante de un estanco. Compra un billete de lotería. Por las noches se sienta delante del nuevo televisor en color. Es la hora del sorteo diario de la lotería nacional. En la pantalla, unas bolas de colores bailan en un recipiente de plástico. El pseudopadre distribuye sus billetes de lotería en la mesa, espera a que el aire bajo presión succione seis bolas dentro de unos compartimentos especiales. No acierta ninguna.

La pseudomadre va a una de las agendas de viajes que acaban de abrir en la ciudad. Reserva un viaje organizado a Viena. Es la primera vez que vais a Occidente, sin contar aquel viaje de trabajo del pseudopadre, cuando te trajo los rotuladores alemanes. Viajáis en autocar toda la noche. Al despertar, por la ventanilla ves un parque con el césped recién cortado. La hierba tiene un aspecto diferente de la hierba que comen las vacas de Helena. En medio del parque, la estatua de una mujer levanta los brazos hacia el cielo. La pseudomadre te prepara una rebanada de pan seco con un huevo duro y salchicha de cerdo. El guía habla de Mozart.

Con el resto del grupo, paseáis por el centro de Viena. Parecéis unos prisioneros que han salido de permiso. Lleváis ropa anticuada. Miráis alrededor con la extrañeza de unos animales que siempre han vivido enjaulados. Os paráis delante de unos grandes almacenes. En el escaparate hay camisas, vestidos, zapatos, bolsos, fulares, faldas, chaquetas, camisetas, mochilas.

No podéis comprar nada. Los precios son exorbitantes. Un pantalón equivale al sueldo de un año en la química.

Por el cristal del escaparate ves la escalera mecánica que une las diferentes plantas de los grandes almacenes. Los vieneses cogen los peldaños en movimiento cargados con las bolsas llenas de cosas que han comprado. Unos entran en la tienda y cogen la escalera para subir. Otros la bajan con despreocupación, pensando en otra cosa, como los villanos occidentales de las películas soviéticas.

Te gustaría entrar en la tienda y dejar que los peldaños te lleven hacia arriba. Sentir por unos momentos la sensación de avanzar sin esfuerzo, recuperar la ingravidez de la nave. No te mueves. No sabes cómo subirte a la escalera. Tienes miedo de que el mecanismo te trague. De que te detenga la policía y os expulsen a todos del país.

A unos pocos metros de los grandes almacenes ves una cabina de teléfono vacía, con una guía telefónica dentro. Tocas las páginas de la guía. Están hechas de papel fino, como la Biblia. Nunca habías visto una guía telefónica de cerca. En tu ciudad sólo las tienen en la oficina de Correos principal. Están guardadas por los funcionarios, hay que rellenar una solicitud para consultarlas. La guía telefónica de Viena está llena de apellidos que nunca habías visto. Bauer. Graff. Morgen. Motyl. Vuelves a mirar. Al lado de un número de teléfono y de una dirección vienesa figuran el nombre y apellido de Janusz Motyl.

A Helena le encantan los nuevos dulces que le traes de la ciudad. Le gustan mucho los caramelos de azúcar en forma de medialuna. Son amarillos, naranjas o verdes. Antes de comerlos los observa en un silencio meditativo. «¿Cómo los hacen? —te pregunta—, ¿cómo les dan esta forma, este color?». No sabes responder. Antes hacíais dulces en la cocina de fuego. Helena ponía azúcar en la sartén, lo calentaba hasta que se caramelizaba. Metía unas cucharillas dentro del caramelo, secaba las piruletas en un plato.

A Helena no le gusta el chocolate. Es un sabor que no conoce. Le encantan las chuches empaquetadas en cajas de plástico. Prueba las flores de gelatina con la punta de la lengua. Mira a contraluz las fresas y los dinosaurios. Muerde los botellines de cocacola de gominola. Va lamiendo los billetes de dólar hechos de caramelo teñido de verde.

Las reformas económicas emprendidas con la caída del comunismo acaban con los conocimientos financieros de Helena. Antes todo se contaba en millones. Ella ganaba millones vendiendo la leche a la cooperativa. Los pseudopadres ganaban millones en la química. El relojero ganaba millones con su pensión. Todos erais millonarios.

Helena nunca se acostumbra a los nuevos valores nominales. Sigue calculando en millones. Cuando va a la tienda del pueblo, ahora reabierta por un propietario privado, entrega la cartera a la dependienta para que coja el dinero que necesita. Ya no hay que apuntarse a comprar el pan. Ahora hay pan todos los días, y también bollería fresca.

Mientras la tienda del pueblo vive su renacimiento, la granja de Helena entra en decadencia. Siempre había sido la granja peor mantenida de la aldea. Helena no llegaba a hacerlo todo a tiempo. Las puertas chirriaban, las vacas estaban sucias. En los rincones de la casa se acumulaban las telarañas. La cerca de madera se desintegraba bajo el peso de la nieve y las lluvias. Pero los gallos cantaban, las vacas mugían, los perros ladraban, los patos graznaban. Había muchas vidas, vidas más grandes y vidas más pequeñas. Vidas más largas y vidas más cortas. El trabajo de Helena consistía en mantener todas aquellas vidas. Ahora en la granja no hay vida. Y una granja sin vida es una granja muerta.

La última en irse fue la vaca más grande, la que apuntaba con los cuernos hacia ti cuando intentabas que no cruzara sola la carretera. Helena la vendió al matadero. Uno de los vecinos vino a buscarla con su carro y se la llevó por la carretera del pueblo. El tractor saltaba en

los agujeros de la calzada. La vaca miraba por entre las rejas de la jaula. Veía cómo desaparecía el pozo donde cada tarde bebía agua fresca. Veía cómo desaparecía la casa donde cada noche entraba Helena. Veía cómo desaparecía el huerto del pseudoabuelo. Veía cómo desaparecía el pueblo.

Helena no puede vivir sin leche. Toda su alimentación se basa en la leche. La pseudomadre le ha comprado una cabra. La cabra es pequeña, requiere mucho menos trabajo que una vaca y no tiene que salir fuera todos los días. Además, la leche de cabra es más sana que la leche de vaca.

Helena da de comer a la cabra. Le trae agua del pozo. La cabra mete la cabeza dentro del cubo, su cuello cubierto de pelo blanco cabe entero en el recipiente. Helena odia a la cabra. Sólo los pobres tienen cabras y Helena no quiere ser pobre. ¿Qué más da que la cabra sólo tenga dos ubres, y no cuatro, como las vacas, y que ordeñarla cueste menos trabajo? Una vaca es una vaca. Una cabra es una vergüenza.

Desde que no tiene caballo, Helena va a todas partes en bicicleta. No sabe volver a poner la cadena si se le suelta ni hinchar las ruedas. Cuando se le deshinchan, camina apoyada en el manillar de la bicicleta hasta la casa del lechero. Su hijo adolescente la ayuda con las pequeñas reparaciones. Helena se para en la verja. «¡Marek! —grita—. ¡Marek!» Es domingo, todo el mundo se prepara para ir a misa. Marek mira por la ventana, sale de casa con una bomba. Hincha las ruedas de la bicicleta, engrasa la cadena con aceite. Helena se sube al sillín. Con su ropa de hombre pedalea los dos kilómetros que la separan de la iglesia. Se baja delante de la casa del vicario, entra en su patio, deja la bicicleta en la cerca. El vicario la observa apoyado en la puerta. Al principio no permitía que Helena dejara la bicicleta en su terreno. Hace tiempo que se rindió. «Alabado sea Cristo», le espeta Helena, y entra a misa.

Siempre llega puntual, aunque no use reloj. En casa, colgado encima de la cocina, tiene un viejo reloj de pared al que a menudo se le olvida darle cuerda. Helena usa su propio reloj. Observa la sombra que deja el granero en el patio delante de la casa. Escucha cómo se mueven las hojas de los tilos. Mira quién está pasando por la carretera. Siente cuándo empieza a dolerle la espalda encorvada.

Ahora Helena cobra una pensión del fondo de agricultura. También cobra un suplemento de viudedad por el pseudoabuelo. Es muy poco dinero, pero suficiente para la vida que lleva. Casi toda la comida la produce sola. Usa el dinero para pagar la factura de la luz y de la bomba eléctrica, que instalaron hace poco. El agua no llega a la casa, pero Helena ya no tiene que bajar el cubo al pozo. Si aprieta un botón, la bomba saca el agua sola.

Con la decadencia de la granja empieza el ascenso del perro de

turno encadenado al granero. Como si, con la disminución del extenuante trabajo, el campo de vista de Helena se ampliara. Empieza a acariciar al perro. Poco a poco lo va soltando de la cadena. Primero sólo lo suelta de noche. Luego también unas horas durante el día. Al final deja al perro libre.

El perro se va acercando a la casa. Al principio duerme en la puerta, se hace un ovillo sobre unos paños viejos. Después Helena le deja entrar en el primer espacio doméstico: un oscuro pasillo que parece una parte del establo. Al final el perro entra en la cocina, donde duerme Helena. Antes Helena sólo dormía ahí en invierno: es la estancia más caliente de la casa. Ahora le da pereza hacer y deshacer la cama. Duerme en el sofá de la cocina todo el año.

El perro duerme con ella. Helena está caliente y no se mueve mucho. El perro no se acuerda de su vida anterior. Le gusta la democracia.

Le dices al relojero que viste su nombre en una guía telefónica de Viena. «Tengo un apellido común —contesta examinando un reloj de cuco—, hay muchos Motyls por el mundo». Por la ventana ves a unos niños deslizarse con trineos delante del bloque de pisos. Otra vez es invierno. Pasarán meses antes de que vuelvan los insectos.

Los insectos entienden el tiempo porque tienen muy poco. Su vida es corta. Un mosquito vive una semana. Una mosca, un mes. Una luciérnaga, dos meses. Cuanto más larga la vida, más se pierde uno en el tiempo y menos lo entiende.

En la nave era fácil entender el tiempo porque todo sucedía en el mismo instante. El tiempo era un tablero de ajedrez gigante en el que se jugaban a la vez todas las partidas posibles. Todos los movimientos eran simultáneos. Todas las jugadas empezaban en todas partes. Ninguna partida acababa porque siempre había otra que estaba empezando. Nadie perdía. Nadie ganaba.

Los relojes del relojero anuncian las siete de la tarde. Tienes que irte, al día siguiente tienes una intervención en el hospital. La pseudomadre ha encontrado un reumatólogo que no está de acuerdo con tu diagnóstico. Dice que falta un síntoma importante: no se te hinchan las articulaciones. Aconseja que te extirpen las amígdalas. Las amígdalas siguen las modas, como el corte de falda de la maestra. Cuando eras muy pequeña, la moda dictaba no extirpar las amígdalas. Entonces los médicos decían que las amígdalas cumplían una función irremplazable. Ahora la moda dicta extirpar las amígdalas. Ahora los médicos dicen que las amígdalas no sirven de nada.

Por la mañana la pseudomadre te lleva al hospital en el Fiat 126p. Tienes mucha hambre, no has comido nada desde la noche anterior. Una enfermera te hace quitarte las gafas y ponerte una bata. Te lleva en la camilla hasta el quirófano. Todo es azul. Las sábanas son azules, las batas de los médicos son azules, las paredes son azules. Sólo tu bata es blanca. Estás marcada como la vaca de Helena cuando llegó al matadero.

La enfermera te pone un catéter, unas gotas de sangre amarilla aparecen en la aguja. El anestesista te inyecta un líquido, te pregunta por la escuela. Su voz se aleja de ti por un túnel. Frente a la nave, la Tierra rota en silencio, sus océanos parecen observarte.

Cuando despiertas, una enfermera te está midiendo la presión. Te llevan a una sala común con otros siete pacientes. Nadie escucha a nadie. Cada uno habla de su vida como un trovador concentrado en su

propio espectáculo. «Mi hijo mayor es capataz de construcción», dice la mujer de la cama frente a la ventana. «Mi mujer falleció hace cuatro años, de un infarto», le responde el hombre de pijama verde tumbado en la cama más cercana a la puerta. «Mi hija se casa en verano —añade la mujer de la cama central—. Cuando su prometido acabe el servicio militar».

A la mañana siguiente te dan el alta. La pseudomadre viene a buscarte. El Fiat I26p os espera delante del hospital cubierto de nieve. La pseudomadre conduce muy lento por los adoquines resbaladizos del centro de la ciudad. Aparca el coche delante de una tienda de animales. Dentro huele a pienso y a plumas, las espigas de mijo cuelgan de las paredes. Desde los acuarios, los peces te dirigen unas miradas mudas.

La pseudomadre se detiene delante de un terrario con unas criaturas extrañas. «*Medauroidea extradentata*», reza el rótulo. «Insecto palo». Los insectos palo se desplazan con movimientos lentos. Algunos están inmóviles, parecen muertos. La pseudomadre compra dos. También compra un pequeño terrario. En el asiento trasero del Fiat I26p aguantas la bolsa de papel con las dos manos. Dentro se debate algo extraño, algo con vida. Una vida distinta de las vidas que la rodean. Una vida fuera de su medio, pero palpitante como una nebulosa, como la tuya.

Los insectos palo viven en tu cuarto. Comen hojas de lechuga, de frambuesa, de moras y de cerezas acidas. También metes en el terrario unas pequeñas ramas secas. Los insectos palo se suben a las ramas. Se quedan ahí sin moverse, como si acabaran de llegar a su último destino.

Después de la extirpación de las amígdalas, las anginas desaparecen. Pasan meses sin que tengas fiebre. También desaparecen los dolores articulares. Por las noches escuchas cantar a los insectos palo. Cuentan su viaje hasta la tienda de animales de una ciudad de provincias en Europa del Este. Los insectos palo vienen de Asia. Cantan sobre el jefe norcoreano. En Pion—yang hace sol. El jefe norcoreano está haciendo unos cómputos en una libreta. Ahora entiende lo de aquel viaje a Europa del Este. Y lo de la niña. Y también las vibraciones de aquel suelo perforado por los túneles de las minas. El jefe norcoreano se pone un reloj de pulsera sin manecillas en la muñeca izquierda y vuelve a revisar los cálculos. Desde que se acordó de la nave, su mente funciona con una lucidez extraña. Su cuerpo, en cambio, está más pesado. Repasa los planos de la central nuclear de la costa del Báltico, que consiguió a través de un contacto en el Estado Mayor. Parece que en la planta ya hubo varios incidentes. Ya sólo hace falta esperar.

La pseudomadre llega a la química. Son las seis y cinco de una mañana de agosto. La pseudomadre lleva un pantalón verde claro y una camisa de cuello blanco. Le gusta llevar cuellos blancos, es una costumbre que conserva de los años de la escuela. Entra en su despacho. Repasa los informes del turno de noche. Los mosquitos han vuelto a quedar prensados en la resina. La pseudomadre odia a los mosquitos. Sólo con oír su zumbido se le pone la piel de gallina.

Enciende el hervidor eléctrico que guarda encima de la mesa de trabajo. Pone una cuchara de café molido en un vaso, lo llena de agua hirviendo. Hay que llevar a la niña al dentista. Siempre le duele algo, siempre tiene algún problema. A la pseudomadre no le gusta pensar en la niña. No le gusta ocuparse de otra gente. Nadie aprecia lo que hace por ellos. ¡Con todo lo que está haciendo! Lo mucho que se esforzó para conseguir aquel medicamento húngaro. Las visitas médicas y los sanatorios. La operación que lo cambió todo: nadie. Nadie lo aprecia y su marido, el que menos. Todos los zumos, las confituras, las compotas. Ella preparándolos de noche, sin dormir: nada. Ni su propia madre se da cuenta de cómo su hija triunfó en la vida. De cómo pasó de la existencia primitiva en aquella granja inmunda a dirigir un departamento en una gran empresa. La pseudomadre saca un espejo de bolsillo, se retoca el maquillaje. Luego pone una hoja blanca en la máquina de escribir. Le gusta trabajar en la química. También le gusta maquillarse y peinarse y vestir pantalones acampanados, como cuando se quedó embarazada.

Ya en el embarazo la pseudomadre sabía que algo no estaba bien. La niña casi no se movía. Sólo hacía un movimiento brusco cuando a la pseudomadre le picaba un mosquito. Aquel año había muchísimos. Durante todo el último trimestre del embarazo las picaduras se sucedían a diario. En la huerta, en el trabajo, en casa. Entonces aún no vivían en un séptimo piso, donde no llegan los insectos. Sólo se mudaron ahí cuando la niña tenía un año.

Con cada picadura la niña daba patadas. Como si se burlara de los problemas que la pseudomadre tenía con los mosquitos prensados en la resina. De hecho, a la niña le encantan los mosquitos. No deja que los maten. Destruye a escondidas las trampas para insectos. A Helena le esconde los cazamoscas. En la huerta le gusta enrollarse las lombrices de tierra en los dedos. Las luce como si fueran un anillo. «Un anillo de eternidad», dice y ríe con esa risa extraña. La pseudomadre pensaba que comprarle aquellos repugnantes insectos palo cambiaría algo, pero todo sigue igual.

A veces la niña sale a jugar con los otros niños a los columpios delante del bloque de pisos. Luego las vecinas siempre hablan. Sus movimientos son distintos a los de los otros niños. No sabe saltar. Si lo intenta, parece que pese dos toneladas: no se mueve del suelo. Cuando juegan a la pelota, la coge al vuelo con aquel brazo tan largo que tiene. A veces dice cosas raras. Una de las madres ya no le deja jugar con su hija. La niña le había dicho que, a veces, el mundo desaparecía por unos instantes y luego volvía a aparecer, pero nadie se daba cuenta.

Cuando la niña nació, la matrona le dijo a la pseudomadre que tal vez no fuera a vivir mucho tiempo. Le costaba respirar, era muy débil. No se movía mucho, sólo empezó a caminar a los dos años. Lo único que funcionaba bien en ella era el oído. Oía el menor ruido. Los primeros meses la pseudomadre no durmió ni una noche entera. La niña se despertaba porque algún vecino iba a buscar agua a la cocina. O porque un perro ladraba en otro edificio. O porque oía algo que sólo ella podía oír.

Un día, cuando la niña tenía dos meses, la pseudomadre estaba en la cocina pelando guisantes. Vaciaba las vainas en un cuenco de plástico. Con las prisas por cocinar el almuerzo, no había puesto la radio. El pseudopadre estaba de viaje. En aquella época sólo estaba en casa los fines de semana y los pasaba enteros en la huerta.

La pseudomadre abría las vainas de una en una. El día era muy soleado, el piso estaba en silencio. Un silencio tranquilo, el silencio de antes de que llegara la niña. ¿Por qué no se oye nada? La pseudomadre dejó los guisantes, se secó las manos con un trapo de cocina. Fue hasta el cuarto de la niña: su cuna, de un color amarillo pálido, se extendía en medio de la habitación como un módulo de aterrizaje. La niña no se movía, la botella de leche estaba en el suelo. La pseudomadre se acercó a la cuna. La niña no respiraba. Su cara estaba azul, como las paredes del cuarto.

La pseudomadre llamó a la niña por su nombre. La agitó, la sacó de la cuna. La niña colgaba de sus brazos, sus extremidades parecían doblarse en lugares extraños, como si fueran las patas de un insecto. La pseudomadre se quedó inmóvil. Los pensamientos le pasaban por la cabeza con una lentitud extraña. No tenían teléfono, nadie en el bloque de pisos tenía teléfono. Había un teléfono público en la esquina, a menudo estropeado, a unos cuatrocientos metros del bloque. Demasiado lejos. La pseudomadre abrió la puerta del piso. «¡Socorro! —gritó—, ¡socorro!». En la escalera reinaba el silencio. Era mediodía, todos los vecinos debían de estar en la química.

La pseudomadre volvió a agitar a la niña. Entre sollozos le dio bofetadas con el reverso de la mano. Varias plantas más abajo se oyó una puerta abriéndose, luego unos pasos rápidos en la escalera. Era

Motyl, el químico del laboratorio de polímeros. Olía a alcohol, se había tomado el día libre. Durante unas milésimas de segundo la pseudomadre dudó si entregarle la niña. Está borracho, ¿y si le hace daño? Ya nadie puede hacerle daño, respondió una voz en su cabeza. Si él no hace nada, está muerta.

Motyl le arrancó a la niña de los brazos. La volcó cabeza abajo, la cogió de los tobillos, la agitó como si fuera un pantalón recién lavado. La niña tosió con violencia, empezó a coger el aire con avidez. La pseudomadre se apoyó en la puerta, se deslizó hasta el suelo, se sentó en el felpudo. Motyl volvió a poner a la niña cabeza arriba. Le acarició las mejillas:

—No te duermas.

Ahora Motyl está jubilado. Por el cristal del laboratorio se ve al joven técnico que lo reemplazó. La pseudomadre deja a un lado la máquina de escribir, ya es hora de irse. Sale de la química, se acerca al autocar que lleva a los trabajadores hasta el bloque de pisos. Se sienta sola en uno de los asientos traseros. Por la ventanilla ve las calles de la ciudad. Unas mujeres empujan cochecitos con niños. Es verano, los niños tienen las piernas al descubierto. Un hombre mayor camina por la acera, entra en un supermercado. Ahora hay supermercados en todas partes, ya no hay que hacer colas. En cualquier momento, la pseudomadre puede entrar en una tienda y comprar un pollo. Puede comerlo entero y volver a comprar otro pollo y volver a comerlo entero.

Nadie puede impedírselo.

La niña está con su abuela hasta finales de agosto. Aún quedan tres semanas antes de que la pseudomadre tenga que ir a buscarla. A la pseudomadre no le gusta ir al pueblo. No le gusta su madre, entregada durante tantos años a aquella rutina esclava, a aquellos ritos de vida y muerte, a aquella leche maloliente. La pseudomadre siempre ha preferido la leche magra del supermercado. Si pudiera, nunca más ¡ría al pueblo. Todo está sucio, siempre hay que estar trabajando. Como cuando la pseudomadre era pequeña y no tenía tiempo para estudiar. Nunca podía hacer los deberes en casa, siempre tenía que ocuparse de la granja. Sacar las vacas, volver a traer las vacas, ordeñar las vacas. Hacía los deberes de camino a la escuela, caminando descalza por aquel camino de tierra. Por lo menos ahora es una carretera asfaltada.

Al acabar la escuela primaria, la pseudomadre consiguió una beca para entrar en un instituto con internado. Después pasó los exámenes de acceso a la politécnica. Al mismo tiempo, empezó las prácticas en el laboratorio de la empresa química. Vivía con unos primos lejanos. A cambio, la pseudomadre se ocupaba de su hijo. Unos años más tarde le dio trabajo en la química. Ahora aquel niño, hoy un hombre joven, está cargando las planchas de resina en las que se quedarán atrapados

los mosquitos.

La pseudomadre gira la llave en la cerradura de la puerta de la casa. Entra en la habitación que hace de salón, comedor y dormitorio, enciende el televisor. Está retransmitiendo un campeonato de baloncesto. La pseudomadre se prepara una taza de té negro, le añade zumo de grosella. Se quita el pantalón, se sienta en la cama, aparta el cubrecama para meterse dentro de las sábanas. Los jugadores botan la pelota contra el suelo, saltan hacia la canasta. La respiración de la pseudomadre se calma. El mundo del deporte es un mundo sin ambigüedades, un mundo ordenado. Un mundo de emociones fáciles, lejanas. Emociones que no tienen nada que ver con ella. Son los otros los que tienen miedo, son los otros los que se equivocan, son los otros los que pierden.

Para todos los campeonatos deportivos, la pseudomadre prepara una tabla en la que va apuntando los ganadores y perdedores de cada partido. La tabla cuelga de la puerta de la nevera. La pseudomadre la estudia cada vez que saca la compota.

Le gusta ver las transmisiones desde el extranjero. Observa con atención las caras de la gente en las gradas, sobre todo cuando son muy distintas de la suya. Los ojos oblicuos le recuerdan a los norcoreanos que vinieron a la química. ¿Qué habrá sido de aquella gente? A la pseudomadre le gustaría vivir su vida por unos días. Ver qué hacen, cómo piensan. Ser otra persona. A la pseudomadre su propia vida le parece repetitiva. Siempre la niña y siempre las compotas y siempre los mosquitos enganchados a la resina. Le gustaría vivir unos días en Corea del Norte. Ser una de las niñas que giran las placas de colores para las celebraciones oficiales. Trabajar en una química norcoreana. Vivir en un piso pequeño en el centro de Pionyang. Tener vecinos de ojos oblicuos, escribir la lista de la compra con el alfabeto coreano.

La pseudomadre oye la puerta abrirse, es el pseudopadre. Hoy van a ver un partido de balonmano en el pabellón en forma de platillo volante. El Fiat I26p vuelve a avanzar por las calles de la metrópolis sin fin. Mientras el pseudopadre aparca frente al pabellón, la pseudomadre observa la estructura aerodinámica del edificio. Por unos instantes, no sabe por qué, lo imagina despegando durante el partido. El platillo volante se eleva entre los castilletes mineros y desaparece en el horizonte. La pseudomadre se acuerda de los juegos de la niña. Por un segundo, una idea loca atraviesa su mente. ¿Y si fuera verdad que el mundo desaparece de vez en cuando y luego vuelve a aparecer sin que nadie se dé cuenta? La pseudomadre menea la cabeza con disgusto. Se pregunta cuál de los dos equipos de balonmano tiene más posibilidades de ganar. Su respiración se calma.

En el pueblo de Helena instalan alumbrado público. Por las noches las farolas iluminan la carretera vacía, los vecinos cosen cortinas gruesas para poder dormir. Estás acostada en tu colchón de heno en el único dormitorio de la casa. Miras las sombras de las alceas que la farola imprime en el techo. Oyes la respiración pesada de Helena y el lloriqueo dormido de uno de los perros.

El perro grande, el que había vivido atado al granero, se lo había regalado a Helena su primo de los dedos torcidos por el reumatismo. Hace poco el primo falleció. Durante su entierro, la lluvia deshacía los caminos de tierra del cementerio. El caballo que arrastraba el carro con el ataúd resbalaba en el barro y los asistentes lo empujaban embarrándose los zapatos negros.

El segundo perro llegó solo. Es pequeño, nadie tiene perros tan pequeños en el pueblo. «Es un perro de ciudad —sentencia Helena observándolo subirse a los cojines—. Debieron de tirarlo de algún coche que pasaba por la carretera».

El pequeño perro de ciudad domina a los perros grandes del pueblo. Los perros de la aldea le quitan las pulgas, le lamen el hocico. El perro de ciudad recibe sus atenciones con indiferencia.

Desde el dormitorio oyes a Helena hablar en sueños. Cada vez tiene menos fuerza, poco a poco va perdiendo la memoria. En cambio, cada vez se acuerda más de su infancia. A menudo te habla de su escuela. Sólo fue a clase tres años. Tuvo que dejar de estudiar para ayudar en la granja. En aquellos tres años aprendió muchas cosas. Sabe nombrar todos los ríos del país, con sus afluentes. Conoce el paso de todas las fronteras. Puede dibujar la línea de la costa del Báltico, en la que nunca ha estado. Cuando tiene que firmar el recibo de la pensión de viudedad que le trae el cartero, su letra es temblorosa, pero elegante, inclinada hacia la derecha.

Desde que instalaron las farolas, en el dormitorio ya no se oyen las cucarachas. Antes cada noche cantaban sobre Helena. La pequeña Helena se despierta a las cuatro de la mañana, coge un bastón, abre el portón. Las ocas caminan delante de ella. El sol se levanta entre los graneros como un globo de helio perdido.

Ahora Helena es vieja. Se ha deshecho de la cabra, la vendió en el mercado. Cada dos días le compra la leche al lechero. En verano te manda a ti a buscarla. Preguntas al lechero si puedes entrar en el establo para ver los caballos. Acaricias al que está más cerca, levantas la mano para pasársela por el cuello. El caballo se asusta, te da una

patada. Sientes un dolor lacerante en el brazo más largo.

El lechero te lleva en su tractor al hospital más cercano. Pasáis tres horas en la sala de espera. Observas el reloj colgado en la pared. Aquí el tiempo se pierde. Las horas se esfuman, las semanas desaparecen. El tiempo es finito: limita las vidas, sentencia las biografías. En la nave la vida entera era un solo momento eterno, una presencia pulsante sin principio ni fin.

El médico de urgencias te llama por tu apellido. En la radiografía se ve un brazo compartimentado. Está roto en cuatro sitios. La larga estructura no recuerda a un brazo humano. Es la pata de un insecto.

Estás en un autocar. Por la ventanilla ves aldeas como la de Helena. Unas vacas de caras distintas de las de las vacas que tenía Helena caminan por el arcén. Un hombre mayor las lleva de la cadena.

El autocar para en un paso fronterizo. Vais a Francia en un viaje de la escuela. El nuevo Gobierno firmó un acuerdo de colaboración con varios países occidentales. Aunque la extracción de carbón continúa, ahora la central nuclear está bajo la vigilancia de un consorcio internacional. También se organizan estancias de niños del país en zonas rurales de Europa Occidental. Pasaréis en Francia un mes. La pseudomadre firmó la autorización sin mirarte. Después de ver la radiografía, durante dos noches durmió en el búnker de la huerta. El pseudopadre se quedó en casa, hablaba en monosílabos. No han dicho nada a nadie.

El viaje dura veinte horas. El yeso te pesa. Cuando por fin llegáis, una lluvia fina está mojando las estrechas calles del pueblo donde os esperan las familias francesas. Se te acercan una mujer y un hombre. Durante un mes vivirás con ellos. Son hermanos, deben de rondar la cincuentena. Se llaman Sophie y Luc.

Luc para el coche delante de una casa unifamiliar. Os comunicáis con gestos. Antes de partir, la maestra os enseñó algunas palabras en francés. Buenos días, buenas noches, adiós. Frío, calor, hambre, sueño. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Socorro. Pan, patatas. Leche.

Para cenar hay bistecs. Sophie y Luc te sonríen mientras masticas. Una canción en francés resuena en el salón. Cuando acaba, por la ventana se oye el croar de las ranas.

Por las mañanas Luc te lleva a la escuela. Pasas el día con el resto de tu clase. Aprendéis francés y visitáis la región. Los fines de semana los pasas con Sophie y Luc. Te llevan al cine, a un club de bolos y a un centro comercial. En el centro comercial Sophie te compra braguitas y calcetines. Observas de lejos una escalera mecánica en marcha.

De la pared del salón cuelga una foto de Luc delante de un hangar. Cuando se la señalas con un dedo, Luc hace el gesto de conducir un coche, luego muestra el cielo. Debe de ser piloto. ¿Tiene una avioneta? Luc extiende los dos brazos en cruz. Con los labios entrecerrados simula el ruido de un motor, da un salto hacia arriba. Un avión despegando. Ahora Luc vuela por el salón con los dos brazos. Pone un dedo en los labios en señal de silencio. Un avión que vuela en silencio. Un planeador.

Luc te pregunta si alguna vez has ido en avión. Cuando subes a tu dormitorio, la nave parece susurrarte. Cada peldaño te acerca a ella. Por unos segundos te invade la sensación de pertenecer a algo más grande. De formar parte de un espacio que lo contiene todo. Algo en ti anhela desaparecer en él, unirte con el tiempo.

El fin de semana vais al aeródromo. Sophie conduce muy rápido por las estrechas callejuelas del pueblo. El planeador de Luc extiende sus largas alas en el suelo. Te recuerda al pabellón en forma de platillo volante: también está atrapado fuera de su medio. Luc te ayuda a subir al asiento delantero de la aeronave. Acomodas el yeso en el respaldo. Observas la punta del planeador y el cable enganchado a la avioneta que os va a remolcar. En la luna de la cabina se secan los cadáveres de las moscas que se han estrellado contra el cristal. Luc las señala con el dedo: «Los primeros pilotos».

Los insectos fueron los primeros animales que aprendieron a volar. En un mundo de criaturas pegadas al suelo, los insectos levantaron el vuelo con lentitud. Milímetro a milímetro, generación tras generación, milenio a milenio. Fueron los primeros en verlo todo, en tener una visión completa de la vida. Por eso ellos, y no los humanos, la han entendido.

Desde arriba ves un río serpenteando y los edificios del aeródromo. Luc suelta el cable del remolque, la avioneta vira a la izquierda y desaparece. Se hace el silencio. La sombra del planeador pasa por encima del edificio de la escuela donde aprendes francés y por encima de la catedral medieval. Hacía mucho tiempo que no veías el mundo desde arriba. Un recuerdo vago se enciende en tu cabeza y se vuelve a apagar, como un sueño que uno olvida al despertar.

Durante la noche un cosquilleo debajo del yeso no te deja dormir. El picor se extiende a la espalda. Sophie y Luc están durmiendo. Bajas a la cocina, abres varios armarios en busca de tijeras. Un reloj de pulsera sin manecillas descansa en un cajón. Lo observas un largo rato. Encuentras las tijeras pegadas a un imán colgado de la pared. Cortas el yeso, vuelves a subir a tu dormitorio. Te metes en la cama a oscuras. La espalda te sigue picando. Cuando extiendes el brazo para rascarte, sientes algo debajo de los dedos. Enciendes la luz, te pones las gafas. En tu omóplato izquierdo se agita una minúscula ala.

El pseudopadre marca unas cifras en el boleto de la lotería. Siempre juega a los mismos números. En la primera papeleta marca 234, en la segunda, 235 y en la tercera, 238. Entrega el cupón al empleado del estanco y espera a que le devuelva el cambio.

Si le tocara la lotería, compraría una casa con un gran jardín. Ahora ya se puede comprar una vivienda privada. Antes sólo se podía obtener un piso público, como el que recibieron de la química. En aquella época las casas sólo las tenían los que las habían recibido en herencia. Él y la pseudomadre no habían heredado nada de nadie. La pseudomadre venía de aquella granja perdida sin luz ni agua corriente. Él vivía con su madre y su hermana en un estudio alquilado cerca de la politécnica. El primer año de casados vivieron todos juntos en aquel piso: cuatro personas adultas en treinta metros cuadrados. El apartamento de la química les pareció un palacio. Con agua, con gas, con un ascensor que los llevaba hasta el séptimo piso. Con vistas a toda la ciudad, la torre de la catedral elevándose a lo lejos.

Ahora se puede comprar una casa en el mercado privado, pero cuesta mucho dinero. El pseudopadre pasa los fines de semana ampliando el búnker de la huerta. Lo ha convertido en una vivienda. Ha pintado las paredes, ha puesto moqueta en el suelo. Cuando llegue el accidente nuclear, quién sabe cuánto tiempo tendrán que pasar ahí. Tal vez meses. O años. Quizá la niña ya sea mayor y no esté con ellos. Ojalá se vaya de casa rápido. Al pseudopadre nunca le han interesado demasiado los niños. Pero había que tenerlos. Nadie lo tomaría en serio en el trabajo si no tuviera una familia. Además, la niña no le da trabajo. La pseudomadre se ocupa de todo.

Lo del ala lo ha cogido por sorpresa. La pseudomadre siempre había insistido en que la niña era diferente. A él le parecía que exageraba. Todos los niños son extraños, todos hacen cosas raras. Viven en un mundo separado, distinto, que sólo a veces coincide con el mundo de los adultos. Los primeros años la pseudomadre le decía que no era su hija, que la debían de haber cambiado en el hospital. «No se parece a ninguno de nosotros —le decía la pseudomadre—, ni en la silueta ni en la cara ni en los ojos: en nada. Aquel brazo tan largo, nadie más lo ha tenido en nuestra familia. Aquel oído tan sensible. Aquellas cosas raras que hace. Su obsesión por el ámbar o estirarse en el suelo al ver un planeador. Una vez se acostó en la acera y no quiso levantarse hasta que la aeronave dejara de verse. Todos los peatones se la quedaban mirando». Aquella tarde la pseudomadre pasó mucha vergüenza.

«Si no la cambiaron en el hospital —le susurraba la pseudomadre al pseudopadre en la cama de la habitación que hacía de salón, comedor y dormitorio—, si no fue en el hospital, entonces fue Motyl. La niña había dejado de respirar, él la devolvió a la vida, pero lo hizo a su manera. Le robó algo, o le dejó algo impreso. Quizá, si Motyl no la hubiera tocado, hoy sería una niña normal. Algo cambió —susurraba la pseudomadre mirando el techo—, algo cambió aquel día en que dejó de respirar».

Ese Motyl siempre fue raro, piensa el pseudopadre. Llegó a la química desde la costa del Báltico, eso les dijo. Decía que en aquella región no encontraba trabajo de lo suyo, y él había estudiado química, por eso se había mudado. Pero ya tenía más de cincuenta años: a esa edad nadie se va tan lejos. Uno cambia de sitio de joven, como la pseudomadre cuando vino a la ciudad.

Una vez, el pseudopadre se lo preguntó a Motyl en el ascensor, pero este le invitó a su piso a tomar una copa de vino casero de ciruelas y al pseudopadre se le olvidó insistir en la respuesta. Bebía el vino y miraba los relojes colgados en la pared. El pseudopadre no entendía la obsesión enfermiza que tenía Motyl por la relojería. Decían que se gastaba la jubilación en piezas de coleccionista. Quizá no las compraba sino que las intercambiaba por otra cosa. Le hubiera sido imposible pagarlas con lo que cobraba en la química.

El pseudopadre no conoce bien a Motyl pero, si no le hizo nada a la niña cuando la hizo volver a respirar, ¿por qué pasan tanto tiempo juntos? Ella siempre está en su casa. Luego se pasa horas dibujando relojes con sus rotuladores alemanes. Los dibuja todos sin manecillas. Como aquel reloj de pulsera de Motyl. Una vez, el pseudopadre le preguntó por ellas. ¿Dónde estaban las manecillas? La niña contestó que los relojes de verdad no medían el tiempo. Por eso las manecillas no servían de nada. «El tiempo no se puede medir —le decía la niña—, sólo se puede observar. El único instrumento capaz de reflejar el tiempo es un reloj de arena. Un reloj de arena no muestra un momento del tiempo, como los demás relojes. Sólo muestra el flujo del tiempo».

El pseudopadre guarda el cupón de la lotería en el bolsillo, se despide del empleado del quiosco, sale a la calle. Y ahora lo del ala. Fueron a ver a un cirujano para que se la extirpara, pero les dijo que era imposible. El ala formaba parte de la estructura ósea de la columna vertebral de la niña. La pseudomadre llevó toda su ropa a una costurera, que la ajustó para tapar el omóplato. El pseudopadre se muerde el labio inferior. La pseudomadre tenía razón. ¿Qué será lo siguiente? Quizá habría que mandarla a otro sanatorio. La mejor época de su matrimonio fueron los cuatro meses que la niña pasó en aquel lugar en la montaña.

El pseudopadre se suena la nariz, aplasta un mosquito que se ha posado en su antebrazo, acaricia el papel de la lotería en el bolsillo. De hecho, si le tocara el gordo, no compraría una casa aquí: no. Compraría un billete de avión para él y para la pseudomadre. Dejarían a la niña con Helena y se irían a vivir a Grecia. Ya no tendrían que lidiar con alas, sangres amarillas, planeadores ni relojes sin manecillas. Tampoco tendrían que pensar en búnkeres ni accidentes nucleares. Comprarían una casa en una colina con vistas al mar Egeo, comerían aceitunas y beberían vino. Nadie los conocería, nunca aprenderían el idioma. El alfabeto griego les protegería como una barrera de alta seguridad, como una pared impenetrable que no deja pasar ningún sonido.

Delante de la casa de Helena se ha formado un charco de agua. Desde que se derritió la nieve, lleva semanas lloviendo. La tierra se ha llenado de líquido, ya no cabe más agua bajo la superficie. La lluvia forma charcos y pequeños pantanos, las gallinas caminan con las patas embarradas hasta la mitad, como si llevaran calcetines. Está anocheciendo. Helena entra en la casa, se quita las botas de agua. Se calienta las manos encima de la cocina de leña. Todos sus vecinos se cambiaron a cocinas de gas, pero ella no quiere. Le da miedo tener una bombona de butano en casa.

Febrero y marzo son los meses más largos en la granja. Helena piensa que debería haber una palabra especial para designar el tiempo entre el invierno y la primavera, que cada año tarda más en llegar. Es la quinta estación del año: una época larga, fría y peligrosa para los campesinos. Ya se han comido las provisiones para el invierno: ya no quedan patatas guardadas en hoyos cavados en la tierra y tapados con paja. Y todavía no hay patatas nuevas, faltan meses para que crezcan. Pero ahora Helena puede coger la bicicleta e ir a comprar comida en la tienda de la aldea. No tiene por qué pasar hambre, como sus padres.

Fue el padre de Helena quien construyó la casa. Es de madera y tiene un porche en el que Helena deja la comida en invierno. La nevera no enfría bien; la leche, el queso y el embutido fresco están más seguros en el porche.

En el mismo lugar hubo una casa anterior. La habitaba un tío abuelo de Helena. Aquella casa también era de madera, la destruyó un incendio. Pasó cuando Helena aún no había nacido. Sus padres, recién casados, llegaron corriendo en cuanto supieron qué estaba pasando. La madera había prendido muy rápido. La casa y el tío habían desaparecido, el humo se levantaba de las tablas de madera quemadas. Las vacas, los caballos y los cerdos saltaban, inquietos, en el establo. Las paredes de piedra les habían salvado la vida. Ahora la casa de Helena está pintada de naranja, como si aquella primera casa nunca hubiera dejado de arder.

Helena enciende la radio. *Sapore di sale, sapore di mare*, resuena el pequeño transistor. Es la canción que le gusta a la niña. En verano, cada vez que la oye en la radio, se pone a bailar. Estira los dedos como si fueran alas, levanta los brazos hacia el cielo. Helena la echa de menos. Aún faltan meses para que vuelva a venir. A Helena le gusta tener cerca a la niña. Aunque le dé trabajo, aunque tenga que cocinar. La niña no sabe que Helena no cocina cuando está sola. Le da pena

perder el tiempo, sobre todo en verano, con tantas cosas que hacer.

Helena camina hasta el portillo, observa la carretera vacía de la aldea. Los vecinos deben de estar cenando. Levanta una espiga del asfalto. Hace meses que acabó la cosecha, la espiga debió de caerse de un remolque que llevaba cereales. Tanto esfuerzo, Helena acaricia la espiga, tanto esfuerzo para vivir. Tanto trabajo para prepararse. Tanto esfuerzo para salir de la semilla, para perforar la tierra, para crecer. Tanto esfuerzo para sobrevivir a las sequías y las tormentas. Tanto esfuerzo para atraer a los insectos. Tanto esfuerzo para evitar las vacas y los perros. Tantos meses de trabajo tan duro para nada, para acabar debajo de los neumáticos de los tractores, de los Fiat 126p, de los carros. Helena recoge todas las espigas para no desperdiciar el trabajo de las plantas. Las plantas y ella llevan una existencia paralela. Trabajan muy duro para sobrevivir.

Ya es de noche. Helena mira el cielo, las estrellas cuelgan encima de la casa. Es de donde viene la niña. Helena lo supo desde el principio, desde el momento en el que la vio por primera vez, cuando la pseudomadre trajo el bebé a la aldea. Helena lleva toda la vida en la granja, sólo salió del pueblo una única vez. Fue durante los tres años en los que fue a la escuela. El maestro llevó a su clase a la ciudad más cercana. Tenían que ayudar en la construcción del monumento a un héroe nacional. Era una montaña artificial, cada niño tenía que traer un poco de tierra de su aldea. Helena conoce muy bien la tierra, lleva toda la vida labrándola. Sabe que la niña no tiene nada que ver con ella.

Helena sigue mirando el cielo. Vive inmersa en el tiempo de las estrellas, de las plantas, de los animales. Sabe que el tiempo tiene que retraerse para volverse a expandir, como las plantas tienen que marchitarse para volver a crecer y las válvulas del corazón tienen que cerrarse para volverse a abrir. Los átomos se separan, pero siempre se vuelven a unir. El mundo desaparece, pero siempre vuelve a aparecer. Toda vida se expande y se retrae. Helena sabe que está llegando la hora de la retracción.

Miras por la ventana del hotel. Estáis en Budapest. Desde que abrieron las fronteras, los pseudopadres viajan a menudo. Esta vez te han traído con ellos. Ya habéis visitado la ciudad de día y de noche. Ahora el guía os lleva a las termas. El azul de las piscinas contrasta con las paredes, de un color mostaza oscuro. El agua está caliente, huele como las aguas medicinales que te hacían beber en los sanatorios.

Los pseudopadres no saben nadar. La pseudomadre se queda tumbada en una tumbona. El pseudopadre está en la piscina, el agua le llega al pecho. Se sumerge con la cabeza, vuelve a salir a la superficie, resopla. En la otra punta de la piscina, varios hombres mayores juegan al ajedrez. Apoyan los codos en un tablero de piedra. El pseudopadre vuelve a sumergir la cabeza en el agua, vuelve a emerger resoplando.

Llevas un traje de baño que te tapa toda la espalda. El ala no ha crecido más. Te apoyas en la pared de la piscina, miras en dirección a la tumbona de la pseudomadre. Tiene los ojos cerrados, el sol le ilumina la cara. A la pseudomadre le encanta tomar el sol. En la huerta, en cuanto tiene algo de tiempo, se pone el bikini y se queda tumbada en una tumbona. Siempre es la persona más morena de las huertas, de la química, del bloque de pisos. Ahora el sol de Hungría va oscureciendo su cuerpo.

Los hombres que juegan al ajedrez discuten en húngaro. La tonalidad de sus voces sube y baja siguiendo un patrón arrítmico. Oyes otras voces: una hilera de hormigas marcha por el desagüe seco de la piscina. Cantan sobre los ajedrecistas húngaros. El que tiene el pecho cubierto de pelo canoso es hijo de un farmacéutico. Su padre tenía una farmacia en la plaza mayor de un pueblo al este de Budapest. Había patentado un medicamento para las anginas. Se distribuía en todo el continente hasta que se descubrió que tenía efectos secundarios que afectaban el pigmento hemoglobínico. Entonces se prohibió en Europa Occidental.

Subes los pies hasta la superficie de la piscina. El agua te sostiene con una sensación familiar. Ya llevas tanto tiempo aquí. Sigues siendo tú, pero también ya eres la niña. Te has bifurcado en dos entes, en dos mundos. Hay momentos en los que los recuerdos de la nave desaparecen por completo. Aquella parte de ti parece hundida en aguas muy profundas. La niña está en la superficie. La superficie es cada vez más lo que eres tú.

Volvéis de Budapest de madrugada. El autocar os deja en la

estación de autobuses. En el aire hay un olor extraño. Un resplandor rojizo se expande en el horizonte. Cuando llegáis a casa, el pseudopadre enciende el televisor: es la hora del telediario. Se está quemando el pabellón en forma de platillo volante. El fuego se originó durante la noche.

El edificio arde todo el día. En la edición vespertina del telediario el platillo volante se derrumba en directo.

Aquella noche sueñas con la nave. Se están quemando sus paredes ambarinas, ves las llamas acercarse. Te despiertas cubierta de sudor. De la habitación de los pseudopadres llega su respiración regular. Duermen abrazados. La permanente de la pseudomadre está doblada contra el cojín. El pseudopadre respira con la boca entreabierta. Dormidos, parecen estar en otra dimensión. En la nave todas las dimensiones estaban unidas. Nadie estaba separado de nadie.

Vuelves a tu cuarto, abres la ventana. El viento trae olor a quemado. Trocitos de ceniza bailan delante de tus ojos. Uno a uno, van cayendo sobre el alféizar y ya se quedan ahí, como unos mosquitos que se han pegado a una plancha de resina.

Janusz Motyl entra en el ascensor. Aprieta el botón con el número cuatro. Unas largas hojas verdes sobresalen de su bolsa de tela. Motyl no tiene huerta, compra la fruta y la verdura en el mercado. Abre la puerta de su piso, entra en la cocina. Guarda la compra en la nevera. Hoy preparará una sopa de acedera.

Es mediodía, el edificio está en silencio. La mayoría de los vecinos está en la química. Motyl enciende la radio. Las notas del piano se acoplan a los tictacs.

Camina hasta el cuarto más pequeño, el que utiliza de taller. Lo decidió el día en el que se mudó aquí. Hacía sólo unos pocos meses que trabajaba en la química, tuvo suerte de que le asignaran un piso tan rápido. Acababan de construir el edificio. Las puertas no cerraban bien, los grifos del agua fría y caliente estaban instalados al revés, el interruptor de la cocina encendía la luz en el cuarto de baño. Todos los pisos del edificio tenían defectos así. En la economía planificada el espacio se dilataba y se encogía de manera aleatoria, como si estuviera expuesto a una presión interna insoportable.

Motyl se sienta en la mesa del taller, abre la esfera de un reloj con una inscripción en coreano. Los relojes le habían gustado desde siempre. De pequeño prefería quedarse jugando con los relojes viejos de su abuelo que ir a jugar a la playa con los otros niños. Vivían cerca del mar, las noches de tormenta le despertaba el rugido del Báltico invadiendo el rompeolas. Por las mañanas el pequeño Motyl y su madre salían a buscar ámbar. Una vez encontró un trozo de ámbar grande como un puño. Una araña de abdomen ancho, encarcelada hacía millones de años, lo miraba desde dentro de la resina como si lo hubiera estado esperando.

Motyl vuelve a poner las piezas del reloj en su lugar. Lo pone en marcha, se lo acerca al oído. Durante unos segundos verifica el tictac. El reloj sigue atrasado. Los relojes mecánicos siempre acaban atrasándose. El único reloj que nunca va atrasado es el reloj atómico. Funciona a base de un isótopo de cesio, el mismo elemento químico que se usa para las radiografías. El reloj atómico es tan preciso que un error de un solo segundo ocurre una vez cada treinta millones de años.

Motyl se levanta de la mesa del taller, camina hasta la cocina, pone una cucharadita de té negro en una taza. Llena el hervidor de agua, enciende el gas. Las llamas azules lamen la inscripción «*Made in Austria*» pintada en un lado del recipiente. Motyl compró el hervidor en unos grandes almacenes del centro de Viena poco antes de irse. La

decisión de volver a su país de origen tomó a todo el mundo por sorpresa. El decano de la facultad de química habló con él durante más de una hora. No entendía que uno de sus investigadores más brillantes quisiera volver a aquel lugar, separado del mundo por el telón de acero y en peligro constante de radiactividad. Motyl lo miraba sin decir nada. De las paredes del despacho del decano colgaban pinturas abstractas. Una mujer y dos niños sonreían desde una foto.

Hacía tiempo que los padres de Motyl habían fallecido. Fueron ellos los que lo llevaron a Viena cuando tenía doce años. Los dos tocaban el violín en la orquesta de la Ópera Nacional. Se escaparon durante una gira por Austria. Dejaron en el autocar las maletas llenas de ropa vieja que habían llevado para no levantar sospechas. Ahora están enterrados en dos cementerios vieneses distintos. Motyl no consiguió que los pusieran el uno al lado del otro.

El decano le debió de hacer una pregunta porque en el despacho se hizo el silencio. Motyl tosió, dijo algo de la nostalgia, de querer volver a las raíces. La verdad era otra. Se había acordado de la nave.

El recuerdo había palidecido durante las décadas en las que vivió la vida de aquí, primero en la costa del Báltico, luego en Viena. Se había acostumbrado a la gravedad. Sólo las olas invadiendo el rompeolas le hacían pensar en el agua golpeando unos ventanales. Aprendió a ignorar aquellas imágenes, como si fueran leves reacciones alérgicas que sucedían periódicamente sin traer grandes consecuencias. Con el tiempo, desaparecieron.

Algo cambió durante aquel verano de 1977. Durante los meses anteriores había tenido una serie de sueños en los que se deslizaba por una montaña cubierta de nieve. Los vagones del teleférico pasaban por encima de su cabeza, el cable se desplazaba con un ruido metálico. Una sensación familiar de suspensión le hacía volver a una parte de sí mismo que hacía años había olvidado. El teleférico se detuvo. Motyl despertó en su piso del centro de Viena. Sin abrir los ojos, sintió una presencia. Una luz ambarina entraba a través de sus párpados.

—Janusz —le pareció oír una voz familiar—. No te duermas.

Motyl escuchó una respiración. Se dio cuenta de que era la suya.

Pocos días después estaba cruzando la frontera. Cuando uno quiere partir, la vida no ocupa lugar.

El día en que la niña dejó de respirar, Motyl estaba en casa. Se había tomado el día libre. Estaba destornillando un reloj de pared. Acababa de dar un sorbo a su vino casero cuando oyó el alboroto en la escalera. Corrió hacia la puerta de entrada, salió al pasillo. Apretó el botón del ascensor, pero no sucedió nada. Subió las escaleras de dos en dos. Desde que había dejado Viena, su cuerpo parecía más pesado. Llegó al séptimo piso jadeando. La vio enseguida. Una mujer con una

permanente la sostenía en lo alto, uno de sus brazos de bebé era muy largo. Motyl la reconoció al instante.

Ahora sólo hacía falta esperar.

El silbato del hervidor emite un sonido estridente. Motyl apaga el gas, vierte el agua en la taza. En la radio, los violines callan de repente. El locutor anuncia una noticia de última hora. Motyl se para en la puerta de la cocina. Las escaleras mecánicas de todo el país se han puesto en marcha. Ha habido heridos. Los servicios de emergencia se están desplazando a los lugares afectados.

—El Gobierno está movilizando el Ejército —la voz del locutor resuena entre los tictacs—. Les mantendremos informados.

Estás sentada en el último banco del aula. La maestra lee fragmentos del manual de biología con una voz monótona. Alguien llama a la puerta, es el conserje. Se acerca a la cátedra, dice algo al oído de la maestra. «Las escaleras mecánicas», le oyes susurrar. Algo en tu interior se enciende y ya no se vuelve a apagar.

En la costa del Báltico las olas golpean el espigón. Las torres de refrigeración de la central nuclear se erigen contra un cielo gris. Dentro del reactor, la reacción de fisión divide los núcleos de los átomos de uranio U—235.

Un minero está acostado al final de un estrecho túnel. Golpea una pared de roca con un pico. El polvo de carbón le impregna la cara, sus ojos brillan en la oscuridad. Oye un estrépito, quiere girarse. Es demasiado tarde. Las toneladas de roca que cuelgan encima de él se desprenden. El túnel y el minero desaparecen. El temblor del derrumbamiento avanza hacia la superficie.

Las olas van y vienen, las escaleras mecánicas suben y bajan. La maestra se levanta de la cátedra, se tambalea. El suelo del aula cede unos milímetros, como si el edificio de la escuela cambiara de pie. Durante unos segundos la maestra flota en el aire, durante unos segundos la escuela flota en el aire, durante unos segundos el país flota en el aire.

En su despacho, el jefe norcoreano repasa los planos de la central nuclear de la costa del Báltico. Lleva puesto un traje blanco de protección nuclear. Parece un apicultor. Nadie va a darse cuenta, piensa. Nunca se dan cuenta.

El suelo perforado continúa vibrando. Como la manilla de un reloj atrasado que por fin consigue pasar al minuto siguiente, la reacción de fisión continúa fuera del reactor.

Se dividen los átomos que formaban la central nuclear. Se dividen los átomos que formaban la empresa química. Se dividen los átomos que formaban el bloque de pisos. Se dividen los átomos que formaban la escuela.

Durante un tiempo que ningún reloj puede medir no existe nada.

Sapore di sale, sapore di mare.

Las notas de la canción parecen llegarte desde muy lejos. Abres los ojos. La resina del ámbar te envuelve con su viscosidad protectora. Estás acostada de lado, con las alas plegadas. Tus largas patas están extendidas en varias direcciones, como si fueras una estrella de mar y no un mosquito.

El primero en moverse es Motyl. Levanta una pata, mueve las antenas, extiende las alas de mariposa. El jefe norcoreano sigue con los ojos cerrados. Su abdomen está cubierto de hilos de seda. Un poco más lejos, Luc empieza a frotarse los ojos con las patas.

La nave resplandece en la oscuridad, sus paredes transparentes expulsan una luz ambarina al espacio. Te levantas, te acercas al ventanal. Con una de las antenas tocas el cristal, que te devuelve un leve temblor. Delante de ti, la Tierra rota en silencio. Durante unos instantes no te acuerdas de nada. Luego los recuerdos te inundan de golpe.

Las chimeneas industriales escupen un humo negruzco. Los bloques de pisos de hormigón se levantan en medio de un paisaje plano, como si fueran hongos nucleares. Los montículos de escombros de extracción de carbón parecen unas esfinges vigilando una ciudad de provincias.

Las planchas de la planta química te esperan con su abrazo pegajoso. Aterrizas con cuidado. Primero tocas la resina con una de tus largas patas. Luego pegas el ala derecha y el abdomen.

En un despacho cercano, una mujer embarazada con una permanente teclea en una máquina de escribir. Las letras del alfabeto latino van formando palabras que aún no entiendes.

Una mujer mayor vestida con ropa de hombre avanza por el camino de tierra de una aldea en un carro tirado por un caballo negro. El perro atado al granero la despide con un largo aullido.

En unos grandes almacenes del centro de Viena, un hombre compra un hervidor. La escalera mecánica lo lleva a la planta baja. En la calle hace sol. El hombre camina por el arcén, se detiene en seco. Da unos pasos en dirección contraria. Entra en un parque con el césped recién cortado, se sienta en un banco. A su lado, la estatua de una mujer levanta los brazos hacia el cielo.

En una intersección del centro de Pionyang una mujer dirige el tráfico. Está vestida con un uniforme azul y unos largos calcetines blancos. Un hombre la observa desde la otra acera.

Un televisor en blanco y negro emite un programa de avicultura. Sentado en un sofá cama, un hombre hace apuntes en su libreta. Escribe los nombres de los piensos, esboza la estructura de un gallinero, hace unos cálculos en el reverso de un boleto de lotería. El programa acaba. En la pantalla del televisor aparece un lobo persiguiendo a una liebre.

Abres los ojos en una sala pintada de gris pálido. Se oyen gemidos y gritos de mujeres. Alguien de voz ronca te da un golpe fuerte en las nalgas.

Durante el tiempo en el que viví la vida de aquella niña, hablé de mí únicamente en segunda persona del singular.

Hablaba de mí como si le estuviera hablando a otra persona porque era lo que estaba haciendo. Éramos dos: la niña y yo. Hablar en segunda persona me ayudaba a no dormirme. A no olvidar que habitaba dos mundos. El mundo de los humanos. Y el mundo de los insectos.

Ahora que estoy de vuelta en el ámbar, el tiempo ha dejado de fluir. Aquí en la nave no hay horas ni días ni meses ni años. El tiempo es una escalera mecánica infinita que sube y baja en todas las direcciones a la vez. Por eso la nave no viene del pasado, de cuando el ámbar yacía en el fondo del mar. Viene del futuro: del momento en el que los átomos que formaban aquel mar ya se han desintegrado y flotan, libres, en el espacio.

Al nacer, todos tomamos prestados unos átomos. Al morir, los devolvemos. Nuestros átomos quedan libres para crear algo o a alguien distinto. Para contar una historia diferente.

Son las historias de todos aquellos átomos las que contamos los insectos.

Mi historia de la niña está incompleta. Como todas las vidas, la suya contiene episodios que no van a ninguna parte, personajes secundarios que no llegan a convertirse en protagonistas. Quedan misterios, enigmas por resolver. Quizá se resuelvan en mi próximo ciclo.

El ciclo de vida de un mosquito consiste en cuatro fases: huevo, larva, pupa y adulto. La metamorfosis tiene lugar durante la etapa de pupa. La niña ha sido mi crisálida. He desaparecido y renacido dentro de ella. A decir verdad, ahora ya no sé si yo estaba dentro de ella o si ella estaba dentro de mí. Lo que sé es que me hizo entender algo importante.

He entendido que los acontecimientos siguen un patrón. Que la vida es una tabla de Mendeléyev en la que todo encaja y que los espacios vacíos, tarde o temprano, se acaban llenando. Sólo hace falta esperar suficiente tiempo.

A menudo, una sola vida humana es demasiado corta para que todo encaje. Pero los insectos tenemos todo el tiempo del mundo.

Tenemos tiempo de separar los átomos y de volverlos a juntar. Tenemos tiempo de hacer desaparecer el mundo y de hacerlo reaparecer.

Tenemos tiempo de repetir los ciclos hasta que la historia que estamos escribiendo esté completa.

Estoy escribiendo la historia de la niña en el alfabeto de la nave. Su relato quedará palpitante en el espacio, como una nebulosa. Así se escriben las historias de todos nosotros. De los humanos y de los insectos. Cuando se apague el Sol, una cadena de reacciones químicas convertirá los átomos que habían formado nuestros cuerpos en nebulosas.

El espacio siempre ha sido nuestro único hogar.

En otro sitio y en otro momento empezaré un nuevo ciclo y contaré una nueva historia.

Porque todas las historias empiezan en muchos sitios y en muchos momentos.

Todas empiezan antes de que nazcamos, en países extranjeros y en las mentes de otros.

Todas acaban de la misma manera: con el sol en el horizonte como un globo de helio perdido.

Y, en el mismo instante, vuelven a empezar.